ARTHUR F. JHONES

LAS MÁSCARAS

Drama en cuatro actos

MADRID
Sociedad de Autores Españoles
1914

LAS MASCARAS

LAS MÁSCARAS

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

ORIGINAL DE

HENRY ARTHUR JONES

Traducida directamente del inglés por

A. P. MARISTANY y J. FABRÉ OLIVER

Estrenada en el TEATRO ROMEA, de Barcelona, por la compañía Larra-Giménez, el 2 de octubre de 1912



BARCELONA
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA
45 - Conde del Asalto - 45
1914

REPARTO

Personajes	Actores
Dolly Larondie	Rafaela Abadía.
Elena Larondie	Josefa Cobeña.
Carlota	Soledad Suelves.
Lady Clara	Isabel G. X frá.
Lady Crándover	María Hurtado.
David Rémon	Enrique Giménez.
Sir Brice Skene	Enrique Guitart.
Móntagu	Joaquín Pacheco.
Eduardo Rémon	José Sánchez.
Lord Crándover	Pascual García Rodrigo.
Sir Winchmor	José María Soler.
Jorge Cópland	José Muñoz.
Fáncor	Gerardo Peña.
Cárter	Antonio Gil.
Rándai	Manuel González.
Shárlan	Luis Huertas.
Jimmy Stöcs	Rafael Torres.
Brinkler	N. Rovira.
Un criado	José Alonso.

Invitados, cazadores y criados

Época actual

Dirección: **Don Enrique Giménez**

Nombres de los personajes con su pronunciación más aproximada

Doli Lérondi.	**Lor Créndover.**
Elena Lérondi.	**Ser Winchmor.**
Carlota.	**Jorge Keplan.**
Ledi Clara.	**Féncor.**
Ledi Créndover.	**Kérter.**
David Réman.	**Réndal.**
Ser Brais Skin.	**Shérlan.**
Móntaguiu.	**Jimmi Stoks.**
Eduardo Réman,	**Brinkler.**



ACTO PRIMERO

El hall del Hotel del Ciervo, en Grándover. Al rededor de la escena y a la altura de un primer piso, galerías arqueadas de madera labrada. En el foro, dos aberturas. La de la derecha es la puerta que conduce a la posada de los cazadores, y la de la izquierda, una espaciosa escalera de madera que conduce al primer piso, siendo sólo visible el primer tramo; a la derecha, gran puerta de cristales que comunica el hall con la cervecería, y desde la puerta hasta la pared del fondo, un bar o mostrador, instalado con carácter provisional, para la venta de bebidas durante la fiesta que se está celebrando. En lugar muy visible habrá un cartelón legible desde el publico: «Para las viudas y los huérfanos». Decoran la escena plantas de salón y flores. El conjunto del hall revela antigüedad, armonizando con todo el edificio, construído en el siglo XVII, que ha ido sufriendo algunas modificaciones para adaptarlo al moderno confort. A través de los vidrios de colores de las galerias, se trasluce gran animación. Es de noche, pero la escena está espléndidamente iluminada. Al alzarse el telón se oyen los últimos acordes de un vals.

ESCENA PRIMERA

BRINKLER y DOLLY hablan en el bar. Momentos después bajan por la escalera del foro, LORD CRÁNDOVER, LADY CRÁNDOVER, LADY CLARA, CARLOTA y MÓNTAGU. Vienen hablando y se sientan al rededor de una mesa Lord y Lady Crándover y Lady Clara, Carlota y Móntagu en la inmediata. Bajan tras ellos dos parejas que se sientan en mesas de segundo término. Brinkler va a servir a los recién llegados

LORD. ¡Hola, Brinkler!
BRIN. Milord... señoras...

670262

LORD. Te, para las señoras; un coktail para nosotros. (Por Móntagu y él. Brinkler saluda y se acerca a los demás, yendo en seguida a la cervecería.)

ESCENA II

Dichos y FANCOR. Este baja encendiendo un cigarro y se dirige al bar, a flirtear con Dolly

CRÁND. ¿Esa señorita del bar es la hija de Roberto Larondie?
LORD. Exactamente.
CRÁND. No la conocía.
LORD. (Calándose el monóculo.) Es una de las caras más bonitas que he visto.
CAR. No es fea, no.
MÓNT. ¡Qué va a ser fea! ¡Una divinidad! Estoy de acuerdo con Lord Crándover.
CRÁND. Los hombres siempre encuentran hermosas a las mujeres que tienen... cierto atractivo... cierta... despreocupación... en una palabra, cierta desvergüenza. Yo, francamente, no encuentro en ella nada de particular... (Mirando con los impertinentes.) Absolutamente nada. Muy coqueta, muy alegre.
LORD Alegre, sí, lo es; coqueta... quizá, pero esto no quita que sea una belleza. Ya sabes que soy exigente...
CRÁND. Según. ¿A ti qué te parece, Carlota?
CAR. Regular, pero comprendo que a los hombres les traiga de cabeza. (Brinkler se acerca a la mesa con servicio de te y cocktails.)
LORD (A Brinkler.) Brinkler, me han dicho que desde que esa señorita está en el bar los parroquianos aumentan considerablemente.
BRIN. Sí, milord, es cierto, y hay algunos muy asiduos: especialmente dos. (Lady Crandover y Lady Clara cambian una mirada. Carlota y Móntagu se acercan algo al grupo para oir mejor.)
LORD ¡Ah! ¿Sí? ¿Quiénes son esos dos grandes admiradores? Digo, si no es indiscreción...

BRIN. Es cosa muy pública, milord. Uno de ellos sir Brice Skene.

CRÁND. ¡Ah! ¿Viene aquí con mucha frecuencia?

BRIN. Se pasa la vida. ¡Es un hombre riquísimo!

CLA. (A su madre.) ¿Lo ves, mamá? ¡No me casaré con él nunca!

CRÁND. ¡Cállate, mujer!

LORD ¿Y el otro parroquiano?...

BRIN. Es un excéntrico, filósofo, idealista, astrónomo, visionario. Hay quien asegura que está chiflado. Se llama David Rémon. Precisamente ahora está en la cervecería bebiendo, como de costumbre, los mejores vinos y la mejor cerveza.

MÓNT. Pues esto no es señal de locura...

CRÁND. ¿Es rico?

BRIN. No es pobre; pero gasta la mitad de su fortuna en comer y beber, y la otra mitad comprando nuevos aparatos de astronomía. Tiene un hermano chiflado como él. (**El joven que estaba hablando con Dolly en el bar paga y se despide. De vez en cuando vuelve la cabeza para mirarla.**)

CRÁND. ¿Sabe usted si esa chica ha dado algún escándalo?

BRIN. Desde que está aquí, ninguno. Es de buena familia, pero muy desgraciada.

LORD Sí; la familia es excelente.

CRÁND. ¡Figúrese usted si lo sería, que les recibíamos en nuestra casa! Entonces ella era muy niña.

ESCENA III

Dichos. SIR BRICE SKENE baja pausadamente las escaleras mirando al bar

LORD Creo que su hermana es muy decente y muy buena.

BRIN. Sí; se dedica a cuidar enfermos. Todos los días, al salir del hospital, viene en busca de Dolly y se marchan juntas...

CRÁND. Yo supongo que los amores de esa chica con sir Brice serán puro pasatiempo.

BRIN. Esto creo yo también.

CRÁND. No la considero absolutamente digna de... (Sir Brice se ha ido acercando al grupo. Lady Crándover vuelve la cabeza y reconoce a Sir Brice. La sorpres desagradale.)

BRICE ¿Digna de qué, señora?

CRÁND. ¡Sir Brice! ¿pero usted... escuchaba?

BRICE Me ha parecido oir que hablaban ustedes de aquella señorita. (Señalando al bar.) ¿Tiene usted algún indicio para?...

CRÁND. Ninguno. Preguntaba...

BRICE ¿Es que si tuviese usted uno siquiera para suponerla indigna de... de lo que sea, le ruego a usted, señora, que lo diga con entera franqueza.

CRÁND. Ninguno absolutamente.

BRICE ¿Alguno de ustedes?... Usted, Brinkler.

BRIN. No, sir Brice, precisamente decía lo contrario...

BRICE Gracias, señora... gracias a todos. (Saluda muy serio y correcto y se dirige al bar. Lady Clara está furiosa. Lady Crándover la advierte con el codo, y ella, nerviosa, se muerde los labios. Móntagu y Carlota flirtean y Lord Crándover habla con Brinkler.)

CLA. Mamá, ese hombre es irresistible. Música dentro.)

CAR. (A Móntagu.) Me parece que este es nuestro vals.

MÓNT. (Leyendo el programa.) Efectivamente.

CAR. (A Clara.) No vale él lo que te preocupa. (Móntagu intenta pagar, pero Lord Crándover se adelanta y paga. Móntagu ofrece el brazo a Carlota y se dirigen lentamente a la escalera.)

MÓNT. Sir Brice ha estado cruel.

CAR. Los hombres son muy caprichosos. Ahora le gusta esa mujer y dejará a Clara.

MÓNT. Aunque él es rico, cinco mil libras de renta al año no se desprecian fácilmente. (Suben la escalera.)

LORD. Adiós, Brinkler.

BRIN. ¡Milord!... ¡miledis!... (Brinkler vase al interior. Los Crándover contemplan un instante a Sir Brice y a Dolly, que están muy entretenidos hablando, y suben la escalera.)

CLA. (Junto a la escalera.) ¿Pero no le estás viendo, mamá?

CRÁND. Sí; desgraciadamente hoy me he convencido. No tienes más remedio que romper con él.

LORD. ¡La lástima es que él ha roto contigo, hija mía! (A su mujer.) ¡Bastante te ha costado convencerte! (Vanse al salón de baile. Tras ellos sigue una pareja. Pausa.)

ESCENA IV

Entran por el foro, procedentes de la posada de los cazadores, EDUARDO REMON y JORGE COPLAND. Luego entra BRINKLER. Rémon es un chico de 22 años, pálido y enfermizo. Cópland tiene 40 años y su aspecto es sano, robusto y alegre

JORGE Sentémonos aquí. (Se sientan a la mesa que ocupaban los Crándover.)

EDUAR. Dos whiskys con soda. (Brinkler va al bar.)

JORGE ¿Dónde está tu hermano?

EDUAR. Supongo que estará en la cervecería; allí se pasa la vida.

JORGE Si no le veo esta noche, mañana iré a despedirme.

EDUAR. ¿Te marchas otra vez?

JORGE Sí; me voy lejos, muy lejos. Oye, me han dicho que anda muy enamorado. (Brinkler sirve.)

EDUAR. Locamente enamorado.

JORGE. ¿De quién? ¿alguna princesa?...

EDUAR. De aquella mujer. (Señala el bar.)

JORGE ¡Pobre David! ¡Le compadezco! Tiene un rival. ¿Quieres hacerme el favor de ver si está allí y decirle que quisiera despedirme de él?

EDUAR. ¡Ya lo creo! (Se dirige a la cervecería.) Buenas noches, Dolly.

DOLLY — Buenas noches, señor Rémon. (Vase Eduardo a la cervecería y momentos después entra en escena con su hermano.)

JORGE — ¡Pobre chico!

ESCENA V

Dichos y DAVID RÉMON. Este es un hombre de unos 40 años, muy serio, pero simpático. Un filósofo con muy buen fondo, sincero y sin la astucia que se necesita para vivir en este siglo. Es astrónomo por afición, pero en conocimientos supera a las eminencias. Al entrar ve a Sir Brice hablando con Dolly y lanza una mirada a la pareja

DAVID — (Abrazándole.) ¡Jorge! ¡No sabía que estuvieras aquí! Al fin te quedas con nosotros ¿verdad? ¡Cuánto me alegro!

JORGE — No; vengo a despedirme; salgo mañana. Me voy lejos, ¡muy lejos!

DAVID — ¿Otra vez? (Se sienta.) ¿Y a dónde? Ya casi nada te queda por ver.

JORGE — Me marcho a Alaska.

DAVID — ¿Estás loco?

EDUAR. — Mientras vosotros charláis, voy a ver como bailan.

DAVID — Dile antes a Brinkler que nos sirva una botella de Mouton-Rotschild añejo.

EDUAR. — Oye, ¿supongo que nos veremos antes de marcharte?

JORGE — Poco tardaré. (Va Eduardo a la cervecería, volviendo a salir en seguida, y se dirige a la escalera.)

DAVID — ¿Por qué no descansas una temporada? Sólo hace quince días que llegaste de la India ¿y vas a emprender ahora tan largo viaje?

JORGE — Sí. La verdad, chico, la civilización cada día me aburre más. Necesito vivir en otro ambiente, respirar otros aires; aquí todo está corrompido. Subiré al monte Elías, doce mil metros de altura y nieve al nivel del mar. (David, de vez en cuando, observa a Dolly y a Sir Brice.)

DAVID Me parece que es muy expuesto.

JORGE Esto es un atractivo para mí: llegar a donde muy pocos llegan.

DAVID ¡La vida es corta para exponerla de este modo!

JORGE ¡Cuántos la arriesgan en cosas de menos importancia!

ESCENA VI.

Dichos. BRINKLER que entra con una botella y vasos

DAVID Déjalo aquí, Brinkler.

BRIN. Mouton-Rotschild del 75. ¡Exquisito!

DAVID (**A Cópland**) En efecto, es delicioso; lo pruebas y me darás tu opinión. ¡Cuántos me toman por loco porque lo bebo! (**Brinkler le mira sorprendido**) No pongas esa cara; te lo oí decir el otro día. (**Brinkler quiere hablar.**) Sigue, Jorge, sigue contando... (**Vase Brinkler corrido**) No sé qué gusto encuentras en subir a aquellas alturas donde todo falta, de donde puedes no volver...

JORGE ¡Y eso me lo preguntas tú, que te pasas la vida tratando de descubrir el misterio de las manchas solares! ¿Cuál es mayor locura?

DAVID Mis investigaciones tienen un fin científico y práctico.

JORGE Como las mías.

DAVID No; el tuyo es un fin egoísta.

JORGE ¿Por qué?

DAVID Subiendo a aquellas alturas, ¿qué pretendes descubrir? Otros antes que tú han subido. Si vuelves con vida, habrás disfrutado tú de todo aquello, pero ¿la humanidad va a sacar algún provecho? En cambio, si yo, tras horas y más horas de estudio, llegara a descubrir algo de lo mucho que ignoramos, ¡qué inmenso beneficio reportaría a la ciencia mi descubrimiento!

JORGE ¡Siempre serás el mismo! ¡Un idealista! Yo

soy más práctico. ¡Bebamos! **(Ambos alzan los vasos.)**

DAVID — ¡A tu salud!

JORGE — ¡A la tuya! Es un vino exquisito, llevas razón.

DAVID — ¿Soy tan loco como dicen?

JORGE — Locos son los que pueden beberlo y no lo beben.

DAVID — **(Por Sir Brice.)** ¡Ese hombre!...

JORGE — ¡Ya sé que es tu rival!

DAVID — ¡Un miserable! ¡Y yo un loco, en eso sí que lo soy!

JORGE — ¿Tanto la quieres?

DAVID — ¡La amo con pasión, con delirio, pero estoy seguro de que jamás lograré su amor, de que jamás será mía!

JORGE — ¡Quién sabe!

DAVID — ¡Si me equivocara y algún día lo fuera... sería mi desgracia!

JORGE — No te comprendo.

DAVID — Ni me comprenderás nunca. Somos amigos de toda la vida, nos queremos como hermanos, ¡pero nuestros caracteres son tan distintos! Yo soy algo raro, no vivo en este mundo, vivo en el que ha creado mi fantasía: un mundo ideal. Cuando se desea alguna cosa, se lucha para obtenerla, para ganarla, pero una vez dueño de ella, el encanto desaparece y sólo queda la realidad, que siempre es triste. ¡La amo con delirio, pero... pero seguir amándola! **(Cópland ríe.)** ¡Sí, ríete, ríe cuanto quieras y puede que tengas razón! En agosto cumplo cuarenta años. Tú ya conoces mi vida y sabes que nunca fué alegre. ¡Bebamos una copa a la memoria de nuestros veinticinco años! **(Beben.)**

JORGE — ¡Aun me acuerdo de tu último amor!

DAVID — ¡Aquella mujer destrozó mi corazón! ¡Entonces aprendí a vivir mirando al sol y a las estrellas! Y no me arrepiento. A pesar de cuanto sufrí, de mis desengaños, de que fué causa de que aun permanezca soltero, conservo siempre el mayor respeto, la mayor de-

voción por las mujeres, en la esperanza de hallar un día una que sepa apreciarlo.

JORGE ¿Y la has hallado?

DAVID ¡He creído hallarla!

JORGE ¿Aquélla?

DAVID Aquélla, sí...

JORGE ¡Te compadezco! Eres demasiado bueno; tú no sientes amor profundo por esa mujer, te conozco muy bien. Lo que sientes tú es compasión, deseos de arrancarla de las garras de ese hombre...

DAVID ¡No lo sé; sólo puedo decirte que será mi condenación!

JORGE Te casarías con ella, porque te parece que con ese hombre no sería feliz.

DAVID ¡Sería muy desgraciada!

JORGE ¡Ya ves que te conozco!

DAVID ¡Sí, soy así, pero qué remedio! ¡Cuántos cometen las mayores locuras sin darse cuenta! Yo advierto que voy a cometerlas y no hago nada para evitarlo. Ni es hija de un Dios ni es una princesa encantadora; es simplemente camarera de un bar, pero... ¡qué quieres: estoy loco por ella!

JORGE ¿Quieres un consejo?

DAVID Si crees que puedo seguirlo...

JORGE Síguelo y te dará gran resultado. Preparas la maleta, tomas un buen abrigo, lías tu manta de viaje y salimos juntos para Alaska.

DAVID ¿Y pretendes que la deje aquí, en manos de ese hombre? No, nunca; te he dicho ya que la amo.

JORGE ¿Pero quién es ese hombre tan terrible?

DAVID Sir Brice Skene.

JORGE ¡Ah! sí, un noble que tiene caballos de carreras, que juega mucho, que es riquísimo.

DAVID ¡Ese es mi rival! ¡Si tuviera yo su fortuna! ¡Le profeso odio profundo! ¡Ayer les contemplaba al despedirse: él le estrechaba la mano y la miraba sin quitarle ojo! Yo no sé lo que corrió entonces por mi cuerpo, pero no era sangre, no: era hierro, fuego,

lava... me sentía un Sansón. En aquellos instantes me hubiera lanzado sobre él y lo hubiera ahogado entre mis manos. ¡No sé cómo me contuve!

JORGE Y ella... ¿le ama?

DAVID ¡Es como todas las mujeres, débil, y el oro brilla tanto!...

JORGE ¿Y la crees capaz?...

DAVID ¡En este siglo puede creerse todo! Es el siglo de la envidia, del odio del pobre contra el rico, del egoísmo, de la ambición... no es posible que de todo eso triunfe el amor. ¡Tú vives fuera del mundo!

JORGE ¿Quieres decir que el oro todo lo puede?

DAVID ¡Casi todo!

JORGE ¿De modo que si fueras rico, serías feliz? Pues óyeme. Tú y yo nos hemos querido siempre como hermanos; más aún...

DAVID ¿A dónde vas a parar?

JORGE Yo no tengo padres, ni hermanos, ni familia... casi ni amigos tengo. Mi padre me dejó una renta muy superior a la que yo necesito. Pronuncia una sola palabra y tendrás lo que ambicionas.

DAVID ¡Jorge... tú ya no me conoces!

JORGE ¡Es un hermano quien te lo ofrece!

DAVID ¡No quiero comprar a una mujer!

JORGE ¿Quijote también? Pues, aceptes o no, en el Banco de Inglaterra quedarán fondos a tu nombre.

DAVID ¡Es inútil!

JORGE ¿No quieres aceptar?

DAVID No. ¿Cuánto tiempo tardarás en volver?

JORGE No volveré sin haber llegado a la cumbre.

DAVID Pues hazme un favor.

JORGE No olvides que acabas de negarme uno...

DAVID ¡No podía aceptarlo! Necesito saber qué efecto produce la luz del sol y de la luna desde tanta altura.

ESCENA VII

Dichos y EDUARDO

JORGE — Confía en que lo sabrás. Aquí viene tu hermano. Nos despediremos.
DAVID — ¿A qué hora sales?
JORGE — A las diez.
DAVID — Iremos a despedirte. (Se levantan.)
EDUAR. — ¿Te marchas ya, Jorge?
JORGE — Sí. Hasta mañana. Por última vez: ¿aceptas o no?
DAVID — Lo agradezco en el alma, pero no acepto. Y créeme, no hagas imprudencias, mira que tu cabeza está en peligro.
JORGE — Procura no perder la tuya por una mujer: ¡es mucho más fácil!
DAVID — ¡Quién sabe!
JORGE — Será mejor que te dediques a estudiar las manchas del sol. (Se despiden y vanse Jorge Copland y Eduardo por el foro. David les acompaña hasta la puerta, contempla a Dolly desde allí y vuelve a la mesa, sentándose frente á ella.)

ESCENA VIII

DOLLY. DAVID. SIR BRICE

DOLLY — ¿Está usted preocupado, señor Rémon?
DAVID — Acabo de despedirme de mi mejor amigo, que marcha mañana, muy lejos... ¡quién sabe si volverá!
DOLLY — Todos tenemos nuestras horas de tristeza. Yo algunas veces me pregunto: ¿por qué nos habrán traído al mundo a las mujeres?
BRICE — Porque son ustedes indispensables.
DOLLY — ¿Sí... a quién?
BRICE — (Riendo y acercándose más.) A mí. (Dolly, riendo, sale del bar y se acerca a David.)
DOLLY — (Al salir.) ¡No me enorgullezca usted! (A Da-

vid.) Y dígame, señor Rémon, ¿por qué cree usted que vine yo al mundo?

DAVID — Para ser indispensable a sir Brice Skene. (Dolly se aparta, acercándose a Sir Brice. David llena la pipa y la enciende cuando se indica.)

BRICE — (Bajo a Dolly.) ¿Por qué le habla usted a ese hombre?

DOLLY — (Bajo a Sir Brice.) Porque es un infeliz y me divierte. ¡La vida en sí tiene tan pocos atractivos! ¡Hay que aprovechar las ocasiones!

BRICE — ¿Encuentra usted aburrida su vida?

DOLLY — (Coqueta.) No siempre.

BRICE — Pues yo no quiero que lo sea nunca. Y voy a procurarle distracciones. El viernes mandaré a usted el caballo nuevo que he comprado y pasearemos juntos por el parque. Usted monta muy bien...

DOLLY — ¡Solos! ¡Imposible! ¿Qué diría la gente?

BRICE — Deje usted a la gente que diga lo que quiera. ¿Quedamos en que el viernes?...

DOLLY — ¡No, sola con usted no! ¿Si fuera su hermana con nosotros?...

BRICE — ¡Ah! ¿luego no tiene usted confianza en mí? (Se acerca a Dolly.) ¡En mí, que la amo tanto!... (David, al verle tan cerca de ella, se levanta y se encàra con Sir Brice.)

DAVID — ¿Quiere usted hacerme el favor de una cerilla? (Sir Brice le mira de pies a cabeza, pero David, pausadamente, enciende su pipa junto a ellos. En este momento entra Jimmy y se dirige al bar. Dolly pasa detrás del mostrádor y los dos rivales quedan frente a frente. Jimmy es un antiguo criado de nobles y jefe de cacerías. Viste traje de cazador, tiene unos 65 años, pero es alegre y se conserva bien.) Muchas gracias. (David vuelve a la mesa y Sir Brice coge el vaso en que bebía y va a sentarse en la mesa más próxima a la de David.)

ESCENA IX

Dichos y JIMMY

JIM. ¿Usted aquí, señorita Dolly?

DOLLY ¡Jimmy! ¡Cuánto tiempo sin vernos! (**Se dan la mano.**)

JIM. No sabía que estuviera usted aquí.

DOLLY Pues ya lo ve usted. ¿Whisky?

JIM. No, señorita: cerveza. (**Dolly le sirve un vaso de cerveza.**)

DOLLY Aquella Dolly que usted conocía, rica, elegante... no existe. ¡La que ve usted ahora, es tan distinta de aquélla! (**Continúan hablando bajo. David sigue fija la mirada en Sir Brice.**)

BRICE ¿Decía usted algo?

DAVID No. (**Pausa.**)

BRICE (**Levantándose.**) ¿Pero qué diablos está usted mirando?

DAVID Miro... que si se atreve usted a deshonrar a esa mujer, le mataré, juro que le mataré.

BRICE (**Riendo.**) ¿Usted... a mí? ¡Ja, ja, ja! ¡Vale más tomarlo a broma!

DAVID Puede usted reirse cuanto guste; está usted prevenido. (**Jimmy se despide de Dolly y vase por la puerta del foro. Sir Brice se acerca al mostrador y paga, echa después una moneda de oro en la cajita «para viudas y huérfanos» y queda hablando con Dolly.**)

BRICE Buenas noches. ¿El viernes, verdad? Convenido. De todos modos mañana nos veremos. (**Vase al salón de baile. Al pasar junto a David le da una mirada irónica y desde la escalera saluda con la mano a Dolly. David se levanta y se dirige al bar.**)

DOLLY ¿Ya se marcha usted, señor Rémon?

DAVID Sí.

DOLLY ¡Qué lástima!

DAVID ¿Por qué?

DOLLY (**Con coquetería.**) Quería decir a usted una cosa y en este momento no puedo acordarme.

DAVID Haga usted memoria.

DOLLY ¿Será pedir mucho, rogarle que no se marche usted hasta que yo me acuerde?

DAVID Esperaré gustoso, señorita.

DOLLY Es usted muy amable. (David vuelve a la mesa donde estaba y se sienta a contemplar a Dolly.) ¿Quiere usted algún libro para entretenerse? La guía de ferrocarriles... lo que usted quiera.

DAVID Muchas gracias, prefiero contemplarla a usted.

DOLLY Va usted a cansarse.

DAVID ¡No lo crea usted! (Ha terminado el baile y muchos invitados bajan al salón, ocupando varias mesas. Fáncor, Rándal, Cárter y Sharlán se dirigen al bar y Dolly les sirve. Brinkler y una camarera sirven a los demás.)

ESCENA X

DAVID y DOLLY. FANCOR, RÁNDAL, CÁRTER, SHARLAN y otros invitados. BRINKLER y una camarera

FÁN. Señorita Larondie, nada hay mejor para apagar la sed que un whisky servido por esas manos.

CÁRT. ¡Un whisky con soda!

RÁN. ¡Brandy!

FÁN. A ese no le sirva usted nada, que ha bebido bastante.

RÁN. Cállate tú, que nadie te pregunta.

SHÁR. ¡Un gin-cocktail!

CÁRT. Viendo esa cara aumenta mi sed.

FÁN. (Que ha concluído el whisky.) ¿Quiere usted ponerme otro whisky, hermosa señorita?

RÁN. Si me sirve usted primero otro brandy, una libra para las viudas y huérfanos. (Los demás protestan gritando.)

DOLLY ¡Por Dios, señores, hay que tomar vez! (Sirve las bebidas por el orden en que las han pedido.)

RÁN. ¿Es decir que no me sirve usted otro brandy?

DOLLY Cuando haya servido a ese señor...

FÁN. ¡Ahora me toca a mí!
DOLLY En seguida.
FÁN. Sírvame usted despacio, muy despacio. (**Le sirve whisky y soda.**) Así podré contemplar estas blancas manos...
RÁN. ¡Señorita, por Dios, que la sed no tiene espera!
DOLLY No puedo servir a todos a la vez.
FÁN. ¿Me permite usted que la ayude? (**Pasa detrás del bar.**)
RÁN. ¡Quita de ahí! ¿Tienes tú alguna preferencia sobre los demás? (**Están los dos detrás del mostrador. Fáncor intenta abrazar a Dolly, pero ella lo evita y Rándal le echa del mostrador. Los demás ríen. Entra Elena y contempla el cuadro. David está indignadísimo.**)

ESCENA XI

Dichos y ELENA

DOLLY ¡Qué atrevidos! ¡Orden, señores, por Dios! (**Dolly ve a su hermana.**) ¡Elena! (**Brinkler cruza la escena.**) Señor Brinkler, aquí está mi hermana aguardándome. ¿Quiere usted hacer el favor de servir a esos señores? (**Dolly se acerca a David.**) Perdone usted, señor Rémon, si me he olvidado de usted...
DAVID ¡Es natural, en tan alegre compañía!...
DOLLY Y lo peor es que aun no me acuerdo de lo que quería decirle.
DAVID Entonces esperaré a que se acuerde usted mañana.
DOLLY ¿Pero no se incomodará usted, verdad?
DAVID No hay motivo, señorita.
DOLLY Buenas noches.
DAVID ¡Buenas noches! (**David vuelve a la cervecería.**)
DOLLY (**A Elena.**) La verdad, hoy no te aguardaba. Además, no es la hora.
ELENA ¿Quién és ese señor?
DOLLY El señor Rémon. Está loquito por mí, y yo...

me río de él cuanto puedo. (Brinkler atiende a los jóvenes. Vuelve a oirse la música. Los que están bebiendo en el bar o en las mesas van desfilando. Quedan solas en escena las dos hermanas. Elena es una mujer de unos 30 años, simpática y distinguida. Viste el traje azul obscuro y la toca de las mujeres que cuidan enfermos en los hospitales ingleses y en las casas particulares.)

ELENA — Acabo de recibir un telegrama proponiéndome que vaya a Murbrau a cuidar a una enferma de tifus, de modo que... tardaremos algunas semanas en vernos.

DOLLY — ¿Y tú has aceptado?

ELENA — Sí. ¿Por qué no?

DOLLY — ¡Ha de ser muy desagradable!

ELENA — No es tan divertido como estar aquí. Ya he visto que estabas muy obsequiada.

DOLLY — Prefiero esto a pasar horas y más horas cuidando a un enfermo y expuesta al contagio.

ELENA — ¡Si todo el mundo pensara así!

DOLLY — Tú has sabido resignarte; yo no.

ELENA — Tengo el secreto para vivir feliz y resignada.

DOLLY — ¿Sí? ¿Cuál es? Dímelo.

ELENA — Olvidarse de uno mismo. Tú sólo piensas en gozar, en divertirte, en estar alegre siempre, en escuchar lisonjas. Yo sólo pienso en los demás: veo que sufren y procuro aliviarles su sufrimiento.

DOLLY — ¡Tú eres un ángel, Elena, y yo soy... una mujer. No puedo olvidar lo que fuí, ni renunciar al mundo!

ELENA — ¿Y así eres feliz?

DOLLY — ¡No; no lo soy! ¡Lo sería si pudiera bailar en esos salones, si pudiera ir en coche, vivir en sociedad!...

ELENA — ¿Crees tú que las mujeres que hacen todo eso... lo son?

DOLLY — Teniendo lo que ambicionan...

ELENA — ¡Qué niña eres, hermana mía! ¡Cuántas mujeres habrá arriba divirtiéndose más desgraciadas que tú!

DOLLY ¿Al oir esa música no te dan ganas de bailar? Sí, Elena, sí: yo nací para ser rica, para brillar en sociedad, para vivir en Londres... ¡Oh, Londres, Londres, ciudad de mis ensueños! Quisiera encontrar un hombre rico, muy rico, que se enamorase de mí perdidamente, me hiciera su esposa y me introdujera en sociedad... ¡Entonces gozaría, sería muy feliz!... ¡Daría tes, bailes, comidas, concurriría a todas las fiestas!... ¡Ay, Elena mía, si esos sueños fueran realidad!

ELENA ¡Pobre hermana! ¡no eres feliz! ¡Lo sospechaba! ¡Procura conformarte con tu suerte! No podremos salir juntas, yo no puedo aguardarte, voy a velar a un enfermo aquí, muy cerca.

DOLLY ¿No quieres esperarme?

ELENA No puedo, sería demasiado tarde. He venido a comunicarte lo del telegrama.

DOLLY Yo que tú no aceptaría. ¿Nos veremos mañana?

ELENA Mañana sí; vendré a buscarte. **(Vanse las dos por la cervecería.)**

ESCENA XII

SIR BRICE, FÁNCOR, RANDAI, CÁRTER y SHARLAND, bajando junto con otros invitados. Después JIMMY, que viene de la posada de los cazadores, trayendo en la mano un cepillo de las ánimas que dice: «Viudas y huérfanas». Bajan después MÓNTAGU y CARLOTA, LADY CRÁNDOVER y CLARA. Animación en la escena. Entra a servir una camarera y BRINKLER, que se dirige al bar

FÁN. **(A Brinkler.)** ¿No está aquí la señorita que nos ha servido antes?

BRIN. Viene en seguida. ¿En qué puedo servirles?

FÁN. Un whisky. ¿Y vosotros, no os decidís?

SHÁR. Casi se me ha quitado la sed.

RÁN. ¡Ponga usted otro whisky! **(Siguen hablando y bebiendo. Lady Crándover se acerca a Sir Brice.)**

CRÁND. Sir Brice...

BRICE Señora...
CRÁND. ¿Está usted enterado de lo que se murmura de usted?
BRICE He oído algo...
CRÁND. ¿Luego es cierto?
BRICE Pudiera serlo.
CRÁND. Pues bien: cierto o no, la determinación está tomada. Quedan rotas desde este momento las relaciones entre usted y mi hija. **(Siguen hablando unos momentos en voz baja. Jimmy se acerca a Dolly, que entra)**

ESCENA XIII

Dichos y JIMMY

DOLLY ¡Veo que usted es el encargado de la colecta!
JIM. Lo soy, señorita, pero vengo a rogar a usted que substituya a este pobre viejo. La idea es muy noble, y las viudas y huérfanos se lo agradecerán.
SHÁR. ¡Ah, es una gran idea!
FÁN. ¡Ya lo creo, excelente!
DOLLY **(A Jimmy.)** Usted es el elegido y...
JIM. Con tan inesperado substituto...
DOLLY ¡Cuántas señoritas hallaría usted aquí con más probabilidades de éxito!
JIM. No me desaire usted, señorita Larondie.
DOLLY No quiero que pueda usted tomarlo a desaire: acepto.
FÁN. **(Después de cuchichear.)** ¡Tengo una idea mucho mejor!
SHÁR. ¡Venga!
RÁN. ¡Venga la idea!
FÁN. ¡Es de gran provecho para las pobres viudas y huérfanos! **(Hay mucha animación en el cuadro.)**
SHÁR. ¡La idea! ¡La idea!
FÁN. Pues consiste, señores, en que esta señorita venda un beso, un beso único, al mejor

postor. (Dolly se escandaliza. La idea ha hecho furor y todos ríen y la celebran.)

DOLLY (Indignada.) ¡Jamás!

MÓNT. Es una idea original.

CAR. Originalísima.

SHÁR. ¡Va a cotizarse muy alto!

DOLLY ¡No; esto sí que no!

FÁN. ¡Vamos, señorita!...

DOLLY He dicho que no. (Coge el cepillo y pasa la colecta, pero nadie da nada.)

FÁN. Si todos hemos convenido en que la idea es buena... ¿por qué no seguirla?

DOLLY (Presentando el cepillo a las señoras.) Señoras... ¡Es para las viudas y huérfanos!

CRÁND. ¡Pídaselo usted a mi marido!

DOLLY (A Lady Clara.) ¡Usted, señorita!...

CLA. ¡Pierde usted el tiempo! Un beso no tiene importancia y el beneficio será mucho.

MÓNT. Señorita, yo me ofrezco a subastarlo.

DOLLY Muy agradecida, pero no puede ser.

MÓNT. ¡Vamos, no se haga usted de rogar! Confíe usted en mis dotes de orador. ¿Será éste el primer beso que se vende? En casos muy parecidos, se han dado enormes sumas. Recuerdo ahora el caso de la actriz Lesly: se pagaron diez mil libras. ¡Fantástico! ¡Quién sabe si hoy vamos a superar esa suma! ¡Sería un triunfo! (Risas. Algunos tratan de convencer a Dolly.) ¿Acepta usted?

DOLLY No. (Entregando a Jimmy el cepillo.) Tome usted, Jimmy.

MÓNT. (Subiendo a una silla.) Aquí está ya la tribuna, señoras y señores. (Grandes aplausos y voces de «¡Muy bien! ¡Bravo!», etc.

FÁN. Comience usted, Móntagu.

SHÁR. Sí, sí.

MÓNT. Señoras y señores: Todos ustedes saben que los distintos medios que se han empleado para recoger limosnas están ya agotadísimos. Tómbolas de caridad, funciones teatrales de aficionados, conciertos, cuadros plásticos, etc., etc., resulta anticuadísimo.

Uno de los caballeros aquí presentes, ha expuesto una idea, que todos hemos aprobado por unanimidad, que es indudable que dará pingües resultados. (**Grandes aplausos**) Señoras y señores: La señorita Larondie vende un beso en pública subasta, y su valor se entregará íntegro a la «Asociación de viudas y huérfanos». (**Una salva de aplausos acoge sus palabras. Lord Crándover baja del salón. David ha oído las últimas palabras desde la puerta de la cervecería, con gran sorpresa. Sir Brice se muestra satisfecho.**) En una época metalizada como la actual, en que hasta el matrimonio se cotiza... (**Risas.**) ¿qué tiene de particular que se venda un beso con tan humanitario fin? Y terminaré preguntando, señoras y señores: ¿qué valor dan ustedes a un beso de la señorita Larondie?

ESCENA XIV

Dichos, LORD CRÁNDOVER y DAVID. Después BRINKLER

DAVID ¡Eso es intolerable!
MÓNT. ¡Silencio, caballero!
FÁN. Una libra esterlina.
MÓNT. Yo, por mi parte, ofrezco cinco.
SHÁR. ¡Diez!
RÁN. ¡Diez y media!
MÓNT. No se admiten fracciones.
RÁN. Pues once.
FÁN. ¡Quince!
MÓNT. Si las ofertas no suben con mayor rapidez, retiro la propuesta en interés de mi cliente.
BRICE. ¡Cincuenta libras! (**Movimiento de David y murmullos.**)
MÓNT. ¡Se ofrecen cincuenta libras! ¡Todavía me parece poco!
SHÁR. ¡Es mucho!
CÁRT. ¡Setenta!
FÁN. ¡Ochenta!

BRICE ¡Cien libras esterlinas!
LORD ¡Basta, Móntagu, basta de cotizaciones!
MÓNT. ¡De ninguna manera! Se trata de un fin benéfico y todo es lícito. El juego es limpio y el beneficio a poco coste. No sucede en esto lo que en la mayor parte de fiestas benéficas, que los gastos se comen el beneficio. (Con ironía.) Yo mismo renuncio a la paga. ¿Quién ofrece más?
BRICE ¡Ciento cincuenta libras!
FÁN. ¡Doscientas!
MÓNT. ¿Hay quien ofrezca más?
BRICE ¡Trescientas!
MÓNT. ¡Se ofrecen ya trescientas libras! ¿No hay quien dé más?
DAVID ¡Quinientas! (Sorpresa general.)
LORD. ¡Esto es una vergüenza!
BRICE ¡Mil!
DAVID (Nervioso.) ¡Mil quinientas! (Comentarios y rumores.)
BRICE ¡Tres mil y concluyamos de una vez, Móntagu!
MÓNT. ¡Tres mil libras! ¡Una fortuna, señoras y señores! ¿No hay quien dé más? (David está abatido y triste.) ¿No hay quien ofrezca más? (Silencio.) Pues delante de todos, sir Brice firmará el compromiso. Brinkler, traiga usted recado de escribir. (Móntagu baja de la silla. Sir Brice recibe muchas felicitaciones. Móntagu se acerca a Dolly, que está enteramente rodeada de jóvenes.) ¿Lo ve usted, señorita Larondie, como el sacrificio ha sido provechoso? Mañana podrá usted entregar tres mil libras para las viudas y huérfanos. Ya tiene vida el asilo para mucho tiempo. Mi felicitación más entusiasta. (Entra Brinkler con recado de escribir. Sir Brice firma un compromiso. Los comentarios no cesan. Móntagu presenta el papel a Dolly.) ¡Aquí tiene usted el compromiso, señorita!
DOLLY (Rompiéndolo.) No, jamás lo aceptaré. (Dolly rompe a llorar.)
BRICE No llore usted, señorita Larondie, porque

yo, para evitar torcidas interpretaciones y dejar a salvo su reputación, he decidido hacerla a usted mi esposa. ¿Quiere usted hacerme el honor de aceptar mi mano? **(Sorpresa general.) Dolly queda como atontada, sin saber si llorar o reir.)** Las tres mil libras serán para las viudas y huérfanos. Ruego a usted que aquí, en público, dé la respuesta a mi petición, señorita.

CRÁND **(A su marido)** ¡Esto es una vergüenza! ¡Vámonos!

LORD Sí, sí, vámonos. **(Los Crándover se despiden de Carlota y Móntagu y vanse por la puerta que conduce a la posada de los cazadores.)**

DOLLY Sir Brice, agradecida, acepto su mano. **(Vuelve a oirse la música y los invitados van desfilando hacia el salón de baile.)**

FÁN. **(A Sir Brice.)** Parece que a los Crándover les ha sentado muy mal tu actitud.

BRICE Les ha molestado, pero te apuesto mil libras que antes de un mes irán a mi casa... si les invito.

FÁN. ¡Es muy posible!

BRICE ¡Ya lo creo que sí! **(Se aparta de Fáncor acercándose a Dolly.)** Si usted quiere la presentaré ahora mismo a mi hermana.

DOLLY ¿De veras? Voy a ponerme el traje de calle. Así no estoy presentable. Dentro de cinco minutos estoy aquí. **(Vase corriendo loca de alegría.)**

MÓNT. **(A Sir Brice)** Te felicito; es una muchacha encantadora.

FÁN. Efectivamente, es monísima. **(A Brice.)** ¿Vamos a salir a fumar un cigarrillo y a respirar aire más puro?

BRICE Sí, vamos. **(Los tres vanse por la puerta del foro. David ha quedado solo en escena. Está abatidísimo. Entra Eduardo, a quien ni ve ni oye.)**

ESCENA XV

DAVID Y EDUARDO

EDUAR. ¿Qué tienes, David? (David no contesta.) ¿Qué te ha ocurrido?

DAVID ¡Se casa con aquel miserable!

EDUAR. ¿Dolly?

DAVID ¡Sí!

EDUAR. ¡Pobre David!

DAVID ¡Confieso que no lo esperaba! ¡Este golpe podrá más que yo!

EDUAR. No lo creas; cuando llegue la reflexión...

DAVID. ¡Sí, cuando la vea desgraciada, en manos de ese hombre vicioso, perverso... entonces será mucho peor, sufriré más, mucho más! ¿Por qué no habré nacido yo en otro planeta? ¡Estoy convencido de que este es el peor de todos los mundos que pueblan el espacio! ¡Aquí los hombres de corazón sano y honrado no pueden vivir!

EDUAR. ¡Créeme, hermano: olvida a esa mujer!

DAVID ¡Quisiera poder olvidarla! Volveré al trabajo, volveré a alejarme de la tierra! ¡Todavía hay en el espacio mundos que descubrir!

EDUAR. ¿Crees tú que entre tantos millares de estrellas, puede haber una habitada por seres felices, donde no haya odios, ni envidias, ni gente cruel... donde todo sea paz y tranquilidad?

DAVID ¡No lo sé; no podemos saberlo, pero si cabe en lo posible, ¿por qué no lo hemos de creer? ¡Yo vivo de una esperanza que ya se me antojó realidad! ¡Yo creo que allá lejos, muy lejos, en la nebulosa de Andrómeda, hay una estrella pequeñísima cuyos habitantes son felices, donde sólo reina el amor!

EDUAR. ¡Si esto fuese verdad!

DAVID ¡Lo es para mí y basta! Y al contemplarla me parece que en ella vivo, y gozo, y soy feliz, pero de pronto despierto de ese sueño

delicioso, y al volver a la realidad de la tierra sólo hallo gente disfrazada, gente hipócrita... veo a sir Brice, y entonces!... ¡Pero yo te juro que si la hace desgraciada sabrá vengarla David Rémon!

EDUAR. Hoy estás en un estado de agitación extraordinario. ¡Vámonos, no sufras más!

DAVID ¿Por qué, si el sufrimiento enseña a vivir? ¡Quién no ha sufrido no conoce la vida!

ESCENA XVI

Dichos y DOLLY. Después SIR BRICE y FANCOR en la puerta del foro. Entra Dolly vestida de negro. Viste con cierta elegancia

EDUAR. ¡Vámonos!

DAVID Espérame ahí, en la cervecería. Quiero hablar un instante con ella. (**Vase Eduardo.**)

EDUAR. (**Al salir.**) ¡Pobre David!

DOLLY (**A David.**) No me figuraba hallarle aquí todavía. Ya ha oído usted lo que sir Brice me ofrece.

DAVID ¡Sí, y lo que usted ha respondido... también! Deseo que sea usted muy feliz en la nueva vida que supongo que pronto ha de empezar! ¡No quiero quitar a usted sus ilusiones!

DOLLY Duda usted de que sea feliz, ¿verdad? ¡Pues crea usted que lo seré! Usted no hubiera dado tres mil libras por un beso de mis labios. ¡Pues ya ve usted como hay quien las da!

DAVID Sir Brice está muy acostumbrado a perderlas en una noche, ante una mesa de juego. ¡Yo no las hubiera dado... porque no puedo! Mi mano, que no vale tanto como la de sir Brice, la he ofrecido a usted distintas veces: usted siempre la ha rehusado. ¡Tengo del amor idea más alta y no podría, como usted, enamorarme en un instante, y mucho menos por dinero o por...!

DOLLY ¡Señor Rémon, estas palabras!...

DAVID ¡Perdone usted, señorita Larondie, muy pronto... lady Skene, perdone usted! Una vez más le deseo toda suerte de felicidades, y si algún día... ¡quién sabe lo que puede suceder andando el tiempo!, necesita usted de mí, no olvide que este pobre... visionario, loco, loco, sí, porque no pienso como muchos, será siempre su amigo más leal! ¡Hasta nunca... o hasta cuando Dios quiera!

(Conmovido le estrecha la mano y va á la cervecería. Sir Brice y Fáncor aparecen en la puerta del foro.)

DOLLY ¡Verdaderamente... es un pobre loco!

TELÓN

FIN DEL PRIMER ACTO



ACTO SEGUNDO

Salón en casa de Lady Skene que comunica con otro menos espacioso en el foro. A la derecha, se supone el salón de baile. El mobiliario es rico y elegante y la iluminación espléndida. En el fondo una serre, a través de la cual se ven los árboles de un parque.

ESCENA PRIMERA

LADY, GRANDOVER, CLARA, CARLOTA, MÓNTAGU y alguno de los jóvenes del primer acto. En el salón del fondo, SIR WINCHMOR y FANCOR

CRÁND. (**Mirando hácia el salón de baile.**) ¡Es realmente asombroso!

CAR. ¿Qué?

CRÁND. Que vengan tranquilamente a casa de esta mujer, que la hablen y que la adulen gente que la ha criticado en todas partes.

CLA. ¡Y esto qué importa, mamá! También la criticamos nosotras y estamos aquí. Tú has sido la primera en aceptar la invitación.

CRÁND. Por compromiso. Es una mujer que se ha puesto de moda, y además, hubiera creído sir Brice que era despecho.

CAR. Yo no sé cuál es el secreto de esta popularidad. A ella la invita todo el mundo, va a todas partes, todos venimos a su casa...

MÓNT. ¿Y usted, por qué ha venido?

CAR. Porque vienen todas mis amigas.

MÓNT. ¡Lo de siempre! En sociedad todas las cosas se hacen por igual motivo. Van los amigos... ¡Es moda!... Raras veces se admira una obra

de arte o se emite opinión sobre cualquier asunto por convicción propia. Hay que averiguar antes lo que opinan los demás. Aquí sucedió lo mismo. Se convino en que debía aceptarse la invitación, y aquí están ustedes y aquí estoy yo.

CRÁND. La duquesa de Norwich, que fué una de las primeras en venir a esta casa, no desconocía los antecedentes de lady Skene, y no puede dudarse de sus blasones.

MÓNT. ¡Oh! pero en el siglo veinte hablan ustedes de antecedentes de una persona para ir o no a su casa! ¡Por Dios!...

CRÁND. Es muy natural enterarse antes, para evitar ciertas sorpresas...

MÓNT. ¡Pero señora, si hoy no nos sorprende nada!

CAR. Claro, como que para usted no existe la virtud, ni el honor.

MÓNT. Ya lo creo que existen, como existe la vergüenza, pero no se usa.

CRÁND. Cuantos nos hallamos aquí reunidos esta noche hemos sido invitados. De no estarlo no hubiéramos venido.

MÓNT. Naturalmente. Vamos por curiosidad a enumerar las atracciones más salientes del programa de hoy. Atracción n.º 1: La esposa de un comerciante en... no digamos en qué. Es una mujer hermosísima, elegante, muy agradable, da tes brillantísimos, comidas, bailes; se relaciona con lo mejor de Londres; sólo tiene un defecto: le gustan todos los hombres, exceptuando su marido.

CAR. Lo cual no deja de ser una atrocidad.

MÓNT. Atracción n.º 2. **(Fáncor se separa de Sir Winchmor y viene al proscenio. Es un hombre de poca estatura, nervioso, satírico y afeminado.)**

FÁN. ¿Puedo acercarme sin peligro?

MÓNT. ¿Por quién nos toma usted?

FÁN. ¿Supongo que no se critica, eh?

MÓNT. Nuestras críticas son enteramente anónimas; lo indispensable en toda reunión, pero nadie sabe de quien se trata. Decimos ver-

dades de los amigos o conocidos, sin nombrarlos.

FÁN. Si es para oir verdades, me acerco al grupo. ¡Se oyen tan pocas!

CAR. Pues quédese usted.

MÓNT. Atracción n.° 2: Un orador muy puritano, que conmueve profundamente en sus discursos, atacando vicios sociales, presidente de la liga contra la bebida, persona finísima, muy correcta, ilustrada... Se cuenta de él que envenenó a su mujer y que tiene dos amantes, una francesa y una española.

FÁN. Aficionado a los idiomas.

MÓNT. Ya lo creo.

FÁN. Le conozco y es persona excelente.

MÓNT. Por los antecedentes...

CAR. Desapareció el anónimo.

MÓNT. No; nadie sabe quien es. Alguno puede imaginárselo, pero saberlo...

CRÁND. Basta, Móntagu, basta.

MÓNT. Si no cito nombres, señora. Atracción número 3 : un marido que figura mucho en política, su mujer es preciosa. Están enteramente arruinados hace años, pero gastan muchísimo dinero. ¡Misterio! Atracción número 4:

CRÁND. Suprímala usted.

MÓNT. Con mucho gusto. Atracción núm. 5: Un artista como muchos, melancólico como pocos, jugador, embustero, tramposo... e íntimo amigo mío...

CRÁND. Le suplico que no siga usted. El único de quien podríamos hablar lo echa usted en olvido. El célebre astrónomo...

FÁN. ¡Ah! ¡El gran David! Desde su descubrimiento famoso, parece que no hay más astrónomo que él en Inglaterra.

CAR. ¿Qué fué lo que descubrió?

FÁN. No recuerdo bien, algunas manchas en el planeta Venus.

MÓNT. Los astrónomos siempre ven manchas en todas partes, y luego resultan defectos del

cristal. ¡No es tan sabio como dice la gente! Aseguran algunos que llegó a ver a los habitantes de Venus, y que andan enteramente desnudos. Imagínense ustedes que esta visión se populariza y entra la corrupción en Londres.

CAR. ¡Siempre picaresco! Usted es de los que pueden mirar por el telescopio.

MÓNT. Ni me importa; lo que realmente me preocupa, es que en Venus puedan construir un telescopio como el del señor Rémon, y mirar a la tierra. Para mirar a Londres habrá que ahumar los cristales. (Risas.)

CRÁND. Rémon tiene talento.

MÓNT. Sí; y es muy amigo de la dueña de esta casa.

CAR. Una amistad inocente.

MÓNT. La amistad entre un caballero y una dama siempre es inocente. Se exceptúa cuando ella es fea, que en este caso es tonta.

CLA. Lady Skene es muy desgraciada. **(Se acerca Sir Winchmor. Es el médico de moda en Londres y tiene unos 40 años.)**

CAR. Afortunada estuviste, Clara; tiene todos los vicios...

CRÁND. Bebe, juega... y su salud deja bastante que desear. Pero aquí tenemos al doctor. Decíamos que la salud de sir Brice, efecto de la vida que lleva, no es muy... en fin, que goza de poca salud.

WIN. No lo sé, señora.

CAR. ¡Es gracioso! Si usted no lo sabe...

WIN. Yo, señora, particularmente, ignoro cuanto hacen mis clientes. He oído decir que bebe, que juega... quizá sea verdad.

MÓNT. En las carreras del Derby perdió un dineral.

FÁN. He oído decir que está casi arruinado.

MÓNT. Lo está enteramente, y hay quien asegura que el astrónomo...

CAR. Se asegura, pero no se sabe.

MÓNT. ¡No ha de saberse! Rémon heredó hace algunos meses una fortuna colosal de un íntimo amigo suyo, su hermano casi, que

murió en las montañas del Canadá. Esto es positivo, como lo es también que sir Brice no se acuerda de su mujer. ¡La quiso cuando no la tenía, pero hoy que la tiene!... Lo de la ruina es positivo. Hay quien no cobra. El automóvil que compraron últimamente se debe, y a estas horas quizá... está embargado.

CRÁND. ¡Qué atrocidad! (**Las palabras de Móntagu han causado sensación.**)

CAR. ¿Pero cómo es posible?... La fortuna era grande...

MÓNT. Sí, pero se ha reducido velozmente. Sin embargo, lady Skene sigue dando tes, bailes, gastando un dineral en vestirse... y el astrónomo no se separa de ella. Nada de esto prueba que sean culpables, pero da lugar a ciertos comentarios.

FÁN. Si fuera así realmente...

CRÁND. A mí no me gusta hablar mal de nadie, pero hay cosas que no pueden callarse. Es intolerable, vergonzoso, que una mujer que ha sido camarera de un bar reúna en su casa a nuestra aristocracia y sostenga relaciones ilícitas con ese «parvenu». (Sensación.) Sí, ya es hora de que se hable claro. Ese hombre es su amante: lo sabe todo el mundo.

WIN. Pues es sorprendente que, sabiéndolo nuestra aristocracia, responda a la invitación.

CRÁND. Confieso que me he equivocado; hoy será la última vez.

WIN. Lady Crándover, invito a usted a dar una vuelta por los salones.

CRÁND. Saludaré a sir Brice, que aun no he visto.

SHÁR. Debe estar en la sala de juego.

ESCENA II

Dicho, y DOLLY

(Entra elegantísimamente vestida. Está pálida y nerviosa, pero disimula. Cambio de expresión en los personajes.)

DOLLY ¿Qué hacen ustedes aquí tan retirados? El salón está muy animado.

CRÁND. Comentábamos lo espléndido de la fiesta. No se puede usted quejar, cantidad de concurrencia y calidad. Ha tenido usted el talento de saber reunir en sus salones a toda clase de gente. (Con intención)

DOLLY No deja de tener sus inconvenientes, porque con cierta gente...

CRÁND. Vale más no tratar, ¿verdad?

DOLLY Exactamente. (Dolly se dirige a Sir Winchmor. Los demás personajes forman dos grupos hacia el fondo. Lady Crándover se acerca a uno de los grupos.)

DOLLY (A Sir Winchmor.) ¡Cuánto le agradezco que haya usted venido! Los cachets que me recetó usted ya no producen efecto alguno: hace tres noches que no puedo dormir. Tendrá usted que aumentar la dosis.

WIN. (Moviendo la cabeza.) ¡No, lady Skene, no es posible!

DOLLY ¿Por qué?

WIN. ¡No es la dosis lo que hay que aumentar; es la tranquilidad!

DOLLY ¡Pasar otra noche sin dormir es imposible; los nervios me sostienen!

WIN. Le daré a usted otro medicamento, pero ponga usted mucho de su parte.

DOLLY Lo intentaré. Aunque hoy no ha venido usted como médico, le ruego que entre a ver a Rosina. Se ha lastimado un pie.

WIN. Voy a verla en seguida, lady Skene. (Vase hacia la izquierda, cruzándose con Sir Brice. Su tipo es más vulgar que en el acto anterior, está displicente y envejecido. Entre los invitados se produce un movimiento. Dolly se acerca a Carlota que está algo apartada.)

ESCENA III

Dichos menos Sir Winchmor. SIR BRICE

DOLLY — Carlota: ¿su marido está ya mejor?

CAR. — (**Adelantándose**) Está muy mal. El jueves le mandé a Aix, pero tengo muy poca confianza en su mejoría. El pobre tiene 65 años y a esta edad la gota...

BRICE — (**Acercándose.**) Lady Salfor... recomiendo a usted para su marido un tratamiento especial que empleé yo con mi antiguo mayordomo. Yo mismo le mediqué. Vino a todo pasto, champagne, jerez... licores... mucha caza. Jamás había visto hombre más satisfecho ni más alegre.

CAR. — ¿Y llegó a curarse?

BRICE — No, señora, murió al poco tiempo, pero como los médicos dijeron que no tenía remedio, le dejé disfrutar una temporada. (**Carlota ríe. Sir Brice se acerca a Shárlan y le lleva al proscenio.**)

BRICE — Querido Shárlan, ¿quiere usted venir a jugar una partidita?

SHÁR. — Lo siento mucho, pero no he traído dinero...

BRICE — Tiene usted crédito en todas partes.

SHÁR. — Lo siento, pero ya conoce usted mi lema: «ni pido ni presto». (**Se separa muy afectuoso reuniéndose a los del grupo del foro que va avanzando hacia el proscenio. Sir Brice llama a Fáncor.**)

BRICE — Oye. (**Fáncor se acerca.**) Vámonos a jugar un ratito al poker.

FÁN. — Chico, lo siento, pero ahora precisamente... (**Siguen hablando bajo. Entra David Rémon. Al entrar se produce un movimiento entre los invitados. Sir Brice le observa. Fáncor y Dolly se acercan.**)

ESCENA IV

Dichos, y DAVID RÉMON

DOLLY — Señor Rémon. Tengo el gusto de presentarle a uno de sus admiradores. El señor Fáncor. (Se saludan.)

FÁN. — Experimento una viva satisfacción al estrechar la mano de un verdadero sabio... de un hombre de ciencia.

DAVID — Muy reconocido, señor Fáncor.

FÁN. — ¡Cómo me gustaría poder contemplar otros mundos para mí desconocidos, a través de ese telescopio maravilloso que usted posee!

DAVID — Siento mucho que esté tan lejos.

FÁN. — ¡Ah! ¿No lo tiene usted en Inglaterra?

DAVID — En el mediodía de Francia, en los Alpes. De todos modos si alguna vez va usted por Niza...

FÁN. — Suelo ir todos los inviernos. Tendré especial gusto en hacerle una visita.

DAVID — La recibiré muy complacido. (Se separan. David saluda a las señoras. Móntagu ofrece el brazo a Carlota. Sir Brice se acerca a Dolly.)

DOLLY — (A Sir Brice.) Lady Franc desea preguntarte algo referente a un caballo de carreras. (Se lo lleva, apartándolo del grupo.) Por Dios, hombre, no te acerques tanto a la gente que apestas a whisky.

BRICE — Es un olor muy agradable. (Se acerca más a Dolly.)

DOLLY — Vete o grito delante de todo el mundo.

BRICE — Me marcho, sí, pero quiero que sepas antes que este es nuestro último baile y que he encargado hoy la venta de coches y automóviles. ¡Estamos arruinados!

DOLLY — ¿Sabes tú lo que dices o estás, como de costumbre... bebido?

BRICE — (Irónico.) Ya lo irás viendo. Me voy un rato al casino, allí el olor del whisky no molesta. (Vase por el foro con gran cinismo. Los grupos van

desfilando y quedan solos en escena David y Dolly, que queda como atontada por lo que acaba de oir. David se acerca muy afectuoso)

ESCENA V

DAVID RÉMON Y DOLLY

DAVID ¿Qué tiene usted, Dolly? (Dolly cae sentada en un sillón.)

DOLLY Nada.

DAVID Algo tiene usted, su cara lo indica.

DOLLY No es otra cosa que el cansancio natural de toda una temporada de bailes, comidas y teatros; de ver nuestros salones llenos constantemente, de respirar esta atmósfera... (Los invitados han salido ya.)

DAVID ¿Y no es más que esto?

DOLLY ¡Nada más! Mañana empezaré a descansar. ¡Este baile es el último! (Disimulando.) Cuénteme usted algo, que necesito distraerme.

DAVID ¿No se la echará a usted de menos en los salones?

DOLLY ¡Qué me importa! ¡Todavía necesito una hora de distracción, lo que falta para que todos nuestros invitados se marchen y quede tranquila!... ¡Tranquila!...

DAVID (Acercándose.) Esta noche la veo a usted triste, abatida... nerviosa...

DOLLY Ya le he dicho a usted que el cansancio...

DAVID ¡No es eso, no! Vive usted en la más alta sociedad, en un mundo de ficción, de farsa, de hipocresía, donde la felicidad no existe. Usted anhelaba este género de vida y ahora comienza a cansarla. Nada hay aquí real; todo es mentira, sombras disfrazadas que viven en mascarada constante. Dé usted una vuelta por sus salones y observe usted bien. Sombras que bailan, juegan, ríen. Se arrancan la piel despiadadamente unos a otros, pero intente usted levantarles la careta y se

desvanecerán cual humo. Hombres y mujeres pasan su vida jugando a juegos peligrosos, que se llaman política, sociedad, comercio, religión, amor, matrimonio... No hay duda de que, de todos ellos, éste es el más peligroso, siendo el más sencillo en apariencia. Es un juego para ser jugado entre dos, pero muchos lo complican... interviene algún nuevo personage... Pero quizá mi charla la molesta...

DOLLY Al contrario, me interesa y me distrae. Explíqueme usted que es esto del matrimonio, que yo no lo sé.

DAVID El matrimonio es una caja cerrada donde hay bolas blancas y negras. La mujer, con los ojos vendados, se acerca a la caja y saca una. Si es blanca, su vida es un cielo, todo felicidad, tranquilidad, alegría... Si es negra, la vida para ella es un infierno. ¡Resignarse, sufrir, ser fiel al marido, aunque él la engañe, la arruine, la abandone, la insulte! ¡Si intenta protestar públicamente, cuántos se reirán! Para el hombre, la ley es distinta. Si tiene la suerte de sacar bola blanca, es feliz, muy feliz, como la mujer, pero goza independencia completa, y si no se la dan, él mismo se la toma. Además, puede permitirse el lujo de tener una amante sin que nadie se escandalice. Si saca bola negra, su desgracia es relativa: no se ocupa de su mujer, va a su casa cuando quiere... si quiere, vuelve a la vida de soltero, busca nuevos compañeros, tiene una amante, dos, tres, se divierte... en una palabra, hace todo lo que le viene en gana y cuando, cansado de su mujer, no puede soportarla, la abandona y se marcha lejos, muy lejos, robando los hijos a la madre si los tiene y si los quiere. ¡Esta es la ley que regula el juego, ley que todos aprobamos! La mujer ha de ser buena siempre, honrada siempre, así lo exige el mundo y así lo manda la ley, que han hecho los

hombres a su favor. ¡No todas las mujeres saben rebelarse y engañar al marido que las deshonra: para esto existe la resignación y el sufrimiento! ¡Los hombres tenemos derecho a todo! ¿Ellas sufren?... ¡qué importa! ¿Sufrir nosotros?... ¡no; nunca! Somos los fuertes y ustedes las débiles. ¡Qué irrisión tan grande! ¡Este es, señora, el juego lícito del matrimonio! ¡Muy hermoso, muy noble, muy honrado... sobre todo muy humano! (Pausa. Dolly ha quedado pensativa.) Esta tristeza, esta nerviosidad que noto en usted, Dolly, ¿tiene alguna relación con ese juego que quiso usted jugar un día?

DOLLY ¡No, David, ninguna!

DAVID ¡No lo dicen así sus ojos!

DOLLY ¡Los ojos no hablan!

DAVID ¡Mejor que la boca! ¡La boca miente, los ojos nunca! ¡No es usted feliz!...

DOLLY ¡Lo soy!

DAVID Si algún día dejara usted de serlo, la aconsejo que haga lo que yo hago. Procure usted olvidar que vive en este mundo, huya usted de él. Allá, en el espacio, lejos, muy lejos, en Andrómeda, hay una estrella pequeñísima, pero muy brillante. Allí vivo yo, paso allí muchas horas felices.

ESCENA VI

Dichos y EDUARDO, que entra por el foro. Dolly se levanta

EDUAR. Perdone usted, lady Skene, si interrumpo...

DOLLY Nada de esto; ahora iba al salón... (Saluda y vase.)

DAVID ¿Por qué has venido a interrumpirnos?

EDUAR. ¿Amas mucho a esa mujer?

DAVID ¿Por qué lo preguntas?

EDUAR. Porque si la amas de verdad, no debes hablar a solas con ella, lejos de todos. ¡La gente murmura! ¡Hay cien ojos que andan a

caza de un movimiento, de una mirada! ¡Se da como cosa cierta tus amores con Dolly, su honor anda por los suelos! ¡Sir Brice está arruinado... tú eres rico... imagínate las lenguas!

DAVID Bien; ¿y qué?

EDUAR. Se asegura que los bailes, las toilettes, los coches, todo el lujo de esta casa, eres tú quien lo sostiene.

DAVID ¡Imposible parece que desciendan a tanta bajeza! ¡Calumnias!

EDUAR. ¡Sí; pero la calumnia tiene alas y vuela! ¿No crees que he hecho bien en interrumpiros?

DAVID Has hecho bien, y como a mí ya no me será posible hablar con ella, dile tú que, cuando se marchen todos los invitados, necesito verla, necesito hablarle.

EDUAR. ¿Qué intentas?

DAVID Déjame a mí. Mañana partimos para Francia tú y yo. El observatorio está terminado; allí, pisando la nieve y contemplando las estrellas, se vive mucho mejor que en la ciudad. Dile lo que te he encargado: que aguardo su respuesta. (**David llega al fondo. Eduardo le mira y vase por la derecha. David pasea lentamente meditando. Vienen del salón de baile Lady Clara y Móntagu, quedando a un lado y sin ver a David, que está, en este momento, en la serre.**)

ESCENA VII

DAVID; LADY CLARA; MONTAGU

MÓNT. Aquí nadie nos interrumpirá. Este es el último vals, y antes de despedirnos quisiera oir de sus labios lo que espero impaciente hace días.

CLA. Sus ideas sobre el matrimonio son muy peligrosas para que pueda darle una respuesta afirmativa.

MÓNT. Mis teorías son muy liberales y muy modernas. Considere usted que vivo en el si-

glo xx. Además, soy sincero y esta es cualidad que escasea. Crea usted que en mí hallará usted el marido ideal.

CLA. Al principio no lo dudo, pero después... después será usted como todos.

MÓNT. Se equivoca usted, soy una excepción. (**Entra Eduardo por la derecha buscando a David. La pareja está contrariada.**)

ESCENA VIII

Dichos y EDUARDO

EDUAR. Perdonen ustedes, creía que mi hermano estaba aquí. (**David le ve y se acerca.**)

DAVID Aquí estoy, Eduardo. (**Montagu y Lady Clara se sientan y siguen hablando bajo. David y Eduardo quedan a un lado un instante.**) ¿Qué ha dicho?

EDUAR. El baile ha terminado. Espérala aquí y hablarás con ella. (**Salen por el foro derecha.**)

MÓNT. Los maridos suelen ser celosos, dominadores, brutales... profesan el principio de que el hombre tiene todos los derechos y la mujer sólo los deberes. Ventajas para el hombre, inconvenientes para la mujer. Yo no opino así: igualdad de atribuciones para los dos.

CLA. En teoría esto es muy bonito, pero en la práctica...

MÓNT. ¿Vamos a hacer una prueba y prestaremos un servicio inmenso a la humanidad?

CLA. Podemos equivocarnos y una equivocación no tiene remedio.

MÓNT. Nos habremos sacrificado por un ideal.

CLA. ¿Y el amor?

MÓNT. ¡Oh! el amor también ha evolucionado. El romanticismo resulta hoy muy cursi. El amor moderno es una compenetración de gustos y voluntades, una inteligencia mutua, una conveniencia... ¡Ya ve usted que soy franco!

CLA. Pues no lo quiero ser menos que usted. Sus principios, por ahora, no me seducen.

ESCENA IX

LADY CLARA; MONTAGU; LADY CRANDOVER

CRÁND. Clara, ¿qué haces aquí? Te andaba buscando por el salón...

MÓNT. Trataba de convencerla de que ha de ser mi esposa.

CLA. Y no me ha convencido... por ahora.

MÓNT. No llevo prisa: esperaré.

CRÁND. Vámonos, hija, que tu padre nos aguarda. La gente va desfilando... (Momentos después entra Elena por el foro izquierda y se dirige a la puerta de primer término derecha. Vanse los tres por la derecha.)

ESCENA X

ELENA LARONDIE

ELENA Ya está el salón casi desierto. (Se sienta.) Aguardaré a Dolly... necesito hablar con ella... quiero saber si es cierto o no cuanto acaban de decirme. ¡Arruinados! ¡Pobre hermana mía si fuera esto verdad! ¡Qué desencanto tan grande!

ESCENA XI

ELENA y DOLLY

(Entra Dolly por la derecha como si buscara a alguien. Su cara refleja cansancio y tristeza.)

DOLLY ¡Ah! ¡Elena! ¡No podía más! (Se sienta.) ¡La cabeza me da vueltas, creo que tengo calentura! ¿Por qué no te has vestido para el baile? Todos me han preguntado por ti.

ELENA He preferido quedarme con Rosina.

DOLLY ¿Qué ha dicho el doctor?

ELENA. No es nada, una contusión sin importancia. ¡Estás pálida y triste! ¿qué tienes?

DOLLY ¡He sufrido mucho! Los únicos momentos de distracción, de alegría, que he tenido los debo a David Rémon.

ELENA ¡Tú estás enamorada de ese hombre!

DOLLY ¿Para qué mentirte? Lo estoy; pero es un amor ideal, extraño, incomprensible; ni yo misma acierto a definirlo. No quise aceptar su mano cuando me la ofrecía y ¡cuántas veces me he arrepentido después! Es un hombre distinto de los demás. ¡No parece de este mundo! ¡No es egoísta, ni ambicioso; es sincero, bueno, honrado!... Su conversación es extraña, pero distrae e invita a meditar. ¡Nació en este planeta por equivocación! ¡Hubiera podido ser muy feliz y lo he hecho desgraciado!

ELENA ¡La ambición te ha perdido! ¡Es difícil que seas feliz!

DOLLY ¡Es imposible! ¡Tú no puedes dudar de mi honradez; sin embargo, amo a ese hombre, y al compararlo con mi marido, me desespero!

ELENA He sorprendido a los criados una conversasación que, de ser cierta...

DOLLY ¿Qué?

ELENA ¿Es verdad que tu marido está arruinado, que lo vende todo?

DOLLY ¡Sí; me lo ha dicho hace media hora, aquí mismo! (Llora.)

ELENA ¡Pobre hermana mía!

DOLLY ¡Ahora comienza la expiación de mi culpa! Pero esta noche aun seré feliz: David Rémon me espera, quiere hablarme.

ELENA ¿Y si tu marido llega a enterarse?

DOLLY ¡Mi marido! ¿Acaso le importo algo a mi marido? Entre David y yo sólo hay sincero afecto. ¡Soy desgraciada y me compadece! (Aparece David en el foro.)

ELENA Señor Rémon... entre usted. (A Dolly. Me voy con Rosina. (Vase por la izquierda. David la saluda.)

ESCENA XII

DOLLY y DAVID

DAVID Lady Skene, le he pedido esta entrevista porque... porque mañana marcho a Francia.

DOLLY ¿Por pocos días?

DAVID ¡Por mucho tiempo!

DOLLY ¿Y se puede saber qué motiva este viaje tan precipitado?

DAVID Un asunto de delicadeza... de honor.

DOLLY ¿De honor? Hace poco estuvimos hablando y usted nada me dijo.

DAVID ¡No lo había decidido aún!

DOLLY ¡No lo comprendo!

DAVID Acabo de saber dos cosas que han motivado esta determinación: que se discute el buen nombre de usted y que sir Brice está arruinado.

DOLLY ¿Quién ha puesto en duda mi honra?

DAVID La gente, ese enemigo eterno: el anónimo. Nos han visto hablar en distintas ocasiones; esta misma noche, aquí, se da como cierta la ruina de su marido, y la calumnia corre de boca en boca. Si yo no la quisiera a usted poco me importaría, pero mi afecto es leal, sincero y honrado. Tengo la obligación de defender su buen nombre, por lo menos no contribuir a su deshonra. ¡Me impongo un sacrificio mayor de lo que pueda usted imaginarse, pero mañana mismo, si es posible, parto para Francia!

DOLLY Su determinación es innecesaria, David. ¡La ruina de mi marido es cierta, la vida de sociedad ha concluído para mí! ¡Dentro de algunos meses todos me habrán olvidado! ¡Mejor! ¡Esta vida era insoportable!

DAVID ¡Recuerde usted mis palabras de la noche en que sir Brice ofreció hacerla su esposa!

DOLLY ¡No me hable usted de aquella noche! ¡Cómo envidiaba yo entonces a las que bai-

laban en aquellos salones y cuánto me he arrepentido después!

DAVID ¡Así es la vida! Desear lo que no se tiene, y al tenerlo, ambicionar otra cosa.

DOLLY Usted no es así.

DAVID No. ¡Por esto algunos me tienen por loco, por esto me despreció usted!

DOLLY ¡Cara he pagado mi culpa! Entonces dejamos de vernos, y hasta después de algunos años...

DAVID ¡También fué aquella la última vez que vi a mi amigo, mi hermano casi! Seis meses después murió en las montañas de Alaska y me dejó su fortuna. Pasé un año en Francia, y en los Alpes, muy cerca de Niza, mandé construir un observatorio, ¡otra ilusión de mi vida! Mientras duraban las obras volví a Inglaterra.

DOLLY Y hasta hace poco no le he visto a usted.

DAVID Estaba usted en el campo.

DOLLY ¿Lo sabía usted?

DAVID Allí estuve también, y la vi sin ser visto. Luego regresó usted a Londres y tampoco dejé de verla. Durante los tres años que han transcurrido desde aquella noche la he visto constantemente, despierto o en sueños, viviendo en este mundo o en el otro, en el que yo vivo... en el espacio. (**Dolly le contempla y de pronto le asalta una idea.**)

DOLLY ¿En el mes de marzo, hace dos años, dónde estaba usted?

DAVID En Richmond, muy cerca de usted.

DOLLY ¿De veras?... ¿Es cierto? ¡La noche en que Rosina vino al mundo, una de las noches tempestuosas más horribles que recuerdo!

DAVID ¡Sí, una noche dc lluvia, nieve y vendabal!

DOLLY (**Recordando con alegría.**) Uno de los criados dijo que en el jardín, junto a la verja, había un hombre desafiando la tempestad. ¡Sin duda aquel hombre...!

DAVID Era yo, Dolly, era yo, que en aquellos momentos, desafiándolo todo, insensible a todo,

pensaba que su vida corría peligro y que mi puesto era aquel. (Dolly llora. Entra Elena.)

ESCENA XIII

Dichos y ELENA

ELENA (A Dolly.) Tu marido ha vuelto.

DOLLY (Mirando por la sérre en el fondo.) ¡Mira, Elena, ya empieza a clarear! (Dolly apaga las luces, excepto el quinqué de pie. Por el fondo se ven los árboles del parque y entran los primeros rayos de un sol de primavera.)

DAVID (Despidiéndose.) Lady Skene...

DOLLY No, todavía no; aguarde usted a que mi marido entre en su habitación. Elena, el señor Rémon es un admirador de la naturaleza, acompáñale a la serre, verá un amanecer de primavera. (David vase al foro con Elena y entran en la sérre. Llega por la derecha Sir Brice, pálido y malhumorado y se deja caer en un sillón.)

BRICE ¡Veo que has quedado al fin sola! ¡Gracias a Dios!

DOLLY Todavía el señor Rémon está hablando con mi hermana en la sérre. (Sir Brice hace un movimiento de ira que reprime en seguida y sonríe irónicamente. Se levanta, mete las manos en los bolsillos del chaleco y saca algunas monedas, colocándolas afileradas en la palma de la mano.) ¡Aquí tienes lo que resta de mi fortuna! ¡A esto ha quedado reducido todo mi capital!

DOLLY ¡Qué cinismo tan grande!

BRICE ¡Ya comprenderás que esto, para vivir...! ¡Precisa buscar dinero!

DOLLY Cayendo en manos de usureros, ¿no es cierto?

BRICE ¡No; no lo darían! ¡Es un recurso agotado ya!

DOLLY Entonces... ¿cuál es tu plan?

BRICE (Tras una pausa, muy irónico.) ¡Es muy sencillo! ¡Allí tenemos a un amigo, un gran amigo!

DOLLY ¿Qué quieres decir?

BRICE Está locamente enamorado de ti.

DOLLY Bien, ¿y qué?

BRICE ¡A ti qué va a negarte! Los amigos son para las ocasiones...

DOLLY ¡Basta, no sigas! ¿Estás loco o piensas que yo lo estoy?

BRICE Se trata de un préstamo y... nada más.

DOLLY (Indignada.) ¡Basta, basta! (Al volverse ve a David que avanza con Elena. David saluda fríamente con una inclinación de cabeza a Sir Brice.)

ESCENA XIV

Dichos. DAVID; ELENA

DAVID ¡Lady Skene, sin querer, he oído palabras que me explican su situación! Mañana probablemente saldré para Francia, donde pienso permanecer algunos años. Mi fortuna es superior a lo que yo necesito. Mi banquero tendrá órdenes para entregar a usted cuanto le haga falta. (Dolly llora y protesta.) ¡Es inútil que proteste usted. ¡Para algo son los amigos! ¡No lo tome usted como humillación! ¡Si continuara viviendo aquí, comprendo sus escrúpulos, pero tan lejos!... (A Elena.) Señorita Larondie, le suplico que no abandone nunca a su hermana. ¿Me lo promete usted? (Elena asiente y se estrechan la mano.)

DOLLY ¡Es inútil, lo agradezco, pero no puedo aceptar! (Dolly observa a Sir Brice, que continúa sentado mirando las uñas y sonriendo maliciosamente. David se despide de Dolly.) ¡No puedo!

DAVID ¡Por Rosina, le ruego a usted que acepte! (Mira a Sir Brice y vase rápidamente por la derecha. Dolly se abraza a su hermana llorando. Sir Brice las contempla con sonrisa irónica.)

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Saloncito particular en el hotel del Príncipe de Gales, en Niza. Decorado y mobiliario muy modernos. A la derecha un balcón. Una puerta al foro y dos a la izquierda. A la izquierda también, mesa de tresillo con algunos paquetes de cartas. En el suelo, junto a la mesa, varias cartas esparcidas en una silla y un abrigo de Dolly.

ESCENA PRIMERA

SIR BRICE, luego DOLLY por la izquierda. Después un criado

(Sir Brice, de frac, juega maquinalmente. Momentos después entra Dolly, y sin decir palabra cruza la escena dirigiéndose al mirador. Él la contempla silencioso con las cartas en la mano.)

BRICE (Con acento imperioso.) ¡Oye, Dolly... ven acá! (Dolly no contesta. Pausa) ¿No me has oído? ¡Ven! (Dolly se acerca lentamente. La cara de Sir Brice es la de un cínico, de un degenerado.) ¡Llevo hoy perdidas más de seiscientas libras! (Dolly continúa indiferente. El coge un paquete de cartas y con rabia las tira al suelo.) ¡Malditas cartas! (Pausa.) Acaban de presentarme la cuenta del hotel por tercera vez: ¡no he podido pagarla! (Pausa. Dolly, sin contestar, vuelve al mirador. El está furioso) ¿Por qué diablos no te mandas curar esta sordera que tanto me molesta? (Viendo que tampoco contesta se levanta y se dirige a Dolly amenazador. Llaman en este instante y se detiene. Pausa breve.) ¡Adelante! (Dolly se acerca a

la puerta. Entra un criado y presenta una carta a Dolly, que ella abre.) ¿De quién es?

DOLLY — Eduardo Rémon está en el hotel y me ruega que le reciba antes de ir al baile de carnaval. ¿Prefieres que le reciba aquí o en el hall?

BRICE — Aquí.

DOLLY — (Al criado.) Ruegue usted a ese señor que suba. (Vase el criado.)

BRICE — ¿Y del sabio, hay noticias?

DOLLY — Supongo que estará en su observatorio. Después de nuestro último baile no he vuelto a saber de él. Pausa. (Entra el criado.)

ESCENA II

SIR BRICE; DOLLY; UN CRIADO. Enseguida EDUARO RÉMON

CRIADO — (Anunciando.) El señor Rémon. (Entra Eduardo Rémon en traje de Pierrot. Vase el criado. Durante toda la escena Eduardo está algo violento.)

EDUAR. — Señora... Sir Brice...

BRICE — Amigo Rémon... (ir Brice lanza un mirada a Dolly y vase por la izquierda.)

EDUAR. — Le agradezco a usted, señora, que me reciba en este traje.

DOLLY — ¿Por qué no? ¿Y su hermano?

EDUAR. — Juntos hemos bajado a la ciudad, pero al salir del restaurant, él se ha quedado comprando algunas cosas que le hacían falta para mañana y yo me voy a la fiesta del Casino. Al apuntar el día emprenderemos un largo viaje. No extrañe usted pues, señora, mi nerviosidad, mi excitación...

DOLLY — ¿Dice usted que mañana?... ¿A dónde van ustedes?

EDUAR. — Al Africa. Nos embarcamos en Marsella. Vamos a presenciar el paso de Venus. El lugar a donde nos dirigimos es el único posible para el descubrimiento que se intenta hacer, pero es lugar peligrosísimo por las

muchas fiebres e infecciones, y ningún astrónomo se atreve a ir. El ha organizado la expedición desafiándolo todo...

DOLLY ¿Y usted por qué va?

EDUAR. ¿Puedo yo separarme de mi hermano? (Dolly atiende a lo que Eduardo refiere con vivísimo interés) Esta noche estoy de fiesta, es la última que paso en Europa. ¡Quién sabe si volveremos! (Dolly está lloroso.) ¡Siento, señora!...

DOLLY ¡Hace tres semanas que estamos en Niza y su hermano no ha tenido un minuto para venir a verme!

EDUAR. Mi hermano, señora, interpreta a su manera los deberes de sociedad. Yo, en su lugar, hubiera venido.

DOLLY Esperaba que vendría por afecto, por amistad, cuando menos por cumplido.

EDUAR. ¡Ha luchado mucho para no venir, para no verla a usted!

DOLLY ¿De veras, Eduardo?

EDUAR. De veras, señora. ¿Quiere usted que vaya en su busca? Siendo ruego de usted...

DOLLY ¿Dónde estará ahora?

EDUAR. Lo ignoro, pero iré a buscarle donde esté.

DOLLY Son las nueve. Dentro de media hora me quedaré sola. ¡Ruéguele que venga, no quiero que se marche sin despedirme de él!

EDUAR. ¡No sabe usted la alegría que le proporciona! Corro a decírselo.

DOLLY Gracias, Eduardo; es usted muy bueno.

EDUAR. ¡Quiero tanto a mi hermano! Yo sabía que si usted le llamaba... ¡Hasta la vuelta... si nos vemos!

DOLLY ¡Buen viaje y quiera Dios que esos temores no se conviertan en realidad!

EDUAR. ¡Gracias, lady Skene! Besa la mano a Lady Skene y vase. Pausa breve. Entra Sir Brice por donde salió y cierra la puerta.)

ESCENA III

DOLLY, SIR BRICE. Después UN CRIADO anunciando a MÓNTAGU

BRICE (A Dolly.) Veo que la entrevista ha sido corta. (Dolly, sin contestar, vase por distinta puerta de la que salió Sir Brice. El la sigue, pero ella cierra violentamente la puerta. El intenta abrirla, y al ver que no puede lo abandona. Su expresión es la de un hombre enteramente embrutecido. Entra por el foro un criado anunciando.)

CRIADO El señor Móntagu. (Entra Móntagu y se saludan.)

MÓNT. (Viendo las cartas.) ¿Qué es esto? ¿Ni en casa puedes olvidar el juego?

BRICE ¡Malditas cartas!

MÓNT. Conozco que has jugado y has perdido. ¿Y lady Skene?

BRICE No me hables de ella.

MÓNT. ¡Cómo! ¿ya no eres feliz?

BRICE ¡Maldita sea la hora en que me casé!

MÓNT. ¿Estás cansado de tu mujer? Pues sólo te casaste por amor, porque era pobre... (Pausa.)

BRICE Oye, tú, que has cometido también la tontería de casarte... ¿lo has hecho por amor?

MÓNT. No; mi futura tenía dos mil libras de renta al año y me decidí a administrárselas. Hoy es mi mujer, y hasta ahora hace lo que yo quiero.

BRICE ¡Dices bien, hasta ahora!

MÓNT. A propósito, he venido a pedirte un favor.

BRICE No tratándose de dinero...

MÓNT. Nada de esto. Tengo el compromiso de acompañar al baile del Casino a una mujer preciosísima, encantadora, y temo que mi mujer se quede triste. ¡Como está tan sola...!

BRICE ¿Lo ves? ¡Ya empiezas a temerla!

MÓNT. Verás; estamos en el viaje de novios y... ¿Supongo que tú irás al Casino americano a jugar?

BRICE Probablemente.

MÓNT. Bien, pues te agradecería en el alma que ro-

gases a tu mujer que fuera a hacerle un rato de compañía. Ya sabe nuestra habitación, el 143. Uno, cuatro, tres, no lo olvides. Supongo que hablarán de nosotros y nos pondrán como chupa de dómine, pero... nosotros, entretanto, a divertirnos.

BRICE A cambio de eso, ¿quieres hacerme un favor?

MÓNT. ¿Por qué no?

BRICE No puedo ir al Casino si no me prestas doscientas libras. Quiero jugar la última carta.

MÓNT. Sólo puedo prestarte cincuenta. Ya comprendes tú que en el viaje de novios no lleva uno mucho sobrante...

BRICE Déjame lo que puedas. ¡Es la última carta que juego!

MÓNT. Cuando quieras vente a mi habitación.

BRICE Voy a transmitir tu encargo a Dolly. (Llamando a la puerta.) ¡Dolly!... ¡Contesta, mujer!... ¡Dolly!

MÓNT. No empleas buen sistema. Dile... ¡oye, amor mío, vida mía!... Es un sistema que me da excelentes resultados; es de gran efecto: te lo recomiendo.

BRICE Estas tonterías son buenas para ti, que estás en la luna de miel, pero mi mujer me aburre... (A la puerta.) Abre, nuestro amigo Móntagu está aquí y desea saber... (Se abre la puerta y entra Sir Brice.)

ESCENA IV

MÓNTAGU. Luego LADY CLARA

MÓNT. ¡Adiós, cincuenta libras de mi alma! ¡Ya las he visto bastante! Ese hombre acabará muy mal, muy mal. (Entra por el foro Lady Clara en traje de baile. Móntagu queda perplejo.) ¿Tú aquí, amor mío, vida mía? ¿Pero a dónde vas tan elegante?

CLA. Al baile del Casino.

MÓNT. (Atónito.) ¿Qué dices?
CLA. Al baile del Casino.
MÓNT. ¡Imposible!
CLA. ¿No vas tú también?
MÓNT. ¿Yo?
CLA. Sí, hombre, sí, no te hagas de nuevas. No has tenido siquiera el talento de disimular delante de la gente.
MÓNT. ¡Por Dios, Clara!
CLA. Puedes ir, no quiero quitarte este gusto, pero yo iré también; quiero conocer a esa señora que ha de substituirme.
MÓNT. ¡Te suplico que no vayas, amor mío! ¡Es un compromiso, perdóname, vida mía!...
CLA. Te perdono. ¡Ya encontraré yo quien me acompañará gustoso!
MÓNT. ¡No, esto sí qne no! ¡Escribiré a esa señora... haré lo que tu quieras!
CLA. Ahora ya estoy vestida, o vas con esa mujer o vas conmigo: escoge. (Entra Sir Brice.)

ESCENA V

Dichos y SIR BRICE

BRICE (Algo sorprendido.) Señora... (Se saludan.)
MÓNT. Siento que hayas dicho ya a tu esposa... Mi mujer y yo vamos al baile del Casino.
CLA. Diga usted a Dolly que mañana vendré a hacerle un ratito de compañía. (Móntagu ofrece el brazo y su mujer.)
MÓNT. Perdona, ¿eh? Adiós, Brice; hasta mañana.
BRICE ¿Luego no estarás en tu habitación?
MÓNT. No... Ya ves... Hasta otro ratito.
CLA. Sir Brice...
BRICE Señora... (Vanse los dos del brazo. Sir Brice queda en el centro de la escena desesperado. Súbitamente se dirige a la habitación de Dolly y abre las puertas de par en par.)

ESCENA VI

SIR BRICE. Luego DOLLY

BRICE Por última vez en la vida: ¿quieres ver si nos entendemos? (Entra Dolly silenciosa.) Necesito dinero y no lo tengo. Ese imbécil de Rémon...

DOLLY Respeta a quien lo merece.

BRICE Rémon te ofreció lo que pudieras necesitar. Pídele una cantidad, cuanto más mejor.

DOLLY ¿Qué estás diciendo?

BRICE La necesito.

DOLLY Pues de él nada tendrás.

BRICE ¿Ahora salimos con escrúpulos? ¿Por qué empezaste a gastar?

DOLLY ¡Porque fuí débil, porque creía en tu arrepentimiento, porque me obligaste a ello, porque insistió él tanto!...

BRICE Está bien, puedes hacerlo ahora por idénticos motivos. No ha retirado su ofrecimiento; además, te quiere mucho... y tú...

DOLLY ¿Qué?

BRICE ¡También le quieres!

DOLLY ¡Más que a ti!

BRICE ¿Tienes el valor de confesarlo a tu marido? ¿No te da vergüenza?

DOLLY ¿Te has avergonzado tú de algo, alguna vez? Has jugado ciegamente hasta perder toda tu fortuna, has tenido cuantas amantes has querido, has hecho siempre tu voluntad sin consultarme, sin acordarte de mí, ¿y ahora vienes a pedirme cuentas? Has sido siempre libre, tengo derecho a serlo también. Todos tus amores han sido impuros; alguno, repugnante. Mi amor por David es un amor puro, más que amor, cariño, simpatía; he encontrado en él lo que no pude hallar en ti nunca: nobleza de corazón.

BRICE La confesión no puede ser más sincera. Síguele, pues, profesando este afecto puro,

este cariño, esta simpatía, pero no olvides que los hombres algún día buscan la compensación, y entonces es cuando la mujer ha de valerse de ello...

DOLLY ¡Basta, basta, no sigas, que tu lenguage me repugna!

BRICE ¿Escrúpulos otra vez? Tu aceptaste dinero de ese hombre.

DOLLY ¡Porque me obligaste!

BRICE No importa cómo, pero lo aceptaste. Conviene ahora que le saques más.

DOLLY ¡Nunca! ¡Nunca!

BRICE Es preciso, indispensable. Ya ves que estoy arruinado, ni el hotel puedo pagar. Sólo tú puedes salvar esta situación.

DOLLY ¡No es posible encontrar un hombre más cínico que tú! ¡Eres un miserable, nunca creí que descendieras a tanta bajeza! ¡Pero es inútil, no lograrás tu intento!

BRICE ¿Me desafías? Está bien; si mañana... no, hoy mismo, esta misma noche, no tengo el dinero que te he pedido, te juro que no verás más a tu hija; me la llevaré, yo no puedo seguir viviendo aquí.

DOLLY ¡Miserable! ¡Cobarde!

BRICE ¡Grita, grita!

DOLLY ¡Cobarde! ¿Ha de pagar nuestra pobre hija culpas que sólo tú has cometido?

BRICE Llámame miserable, cobarde y cuanto quieras, pero no tengo más remedio que escapar mañana, y mi hija irá conmigo. (Vase Sir Brice por el foro. Dolly queda como atontada y un momento después rompe a llorar. Entra Elena quedando muy sorprendida.)

ESCENA VII

DOLLY y ELENA

ELENA ¿Qué tienes? ¿Qué nueva brutalidad ha cometido ese hombre?

DOLLY ¡Elena, hermana mía, ven junto a mí!

ELENA ¿Qué te ha ocurrido?

DOLLY Lo más horrible que puedas imaginarte.

ELENA ¡Estás en un estado de agitación... cálmate!

DOLLY ¡Quiere... no, la frase quema los labios, no quiero ni pronunciarla! Imagínate lo más bajo, lo que más hiere, lo que más deshonra, pues esto, esto quiere ese monstruo, y me amenaza con llevarse a mi hija. ¡Pero no lo ha de lograr, nunca, nunca! ¡Elena, no hay tiempo que perder, lo creo capaz de todo si es una infamia! Viste a Rosina y llévatela en seguida al hotel de los Ingleses, y me esperas allí hasta que yo vaya. **(Entra un criado.)**

ESCENA VIII

Dichas. UN CRIADO anunciando a DAVID RÉMON

CRIADO **(Anunciando.)** El señor Rémon.

DOLLY ¡No te entretengas! Cuando vayáis a salir dímelo, que quiero dar un beso a Rosina. **(Vase Elena precipitadamente. Entra David Rémon y vase el criado. David y Dolly quedan unos instantes en suspenso; después se acerca David y besa la mano a Dolly. Su cara ha sufrido un cambio desde el acto anterior, está algo más envejecido y su hablar es aun más reposado.)** ¡David!

DAVID ¡Señora!

DOLLY ¡Le encuentro muy cambiado! ¿Ha estado usted enfermo?

DAVID No; nunca tuve mejor salud que ahora.

DOLLY ¿Por qué no ha venido usted a verme sabiendo que estaba aquí?

DAVID Porque tenía la seguridad de que no me necesitaba usted, porque sabía que en el momento en que pudiera necesitarme me mandaría usted llamar. ¿Me había equivocado?

DOLLY ¡Acepté un día lo que no debí aceptar nunca! ¡Dios sabe porque lo hice! ¡Cuántas veces me he arrepentido después!

DAVID No dude usted que al hacer el ofrecimiento eran sinceras mis palabras. No me hable usted ahora de arrepentimiento, que si hubiera podido imaginarme que para esto solo me llamaba, no hubiera venido. ¡Cuanto poseo es de usted; se lo digo de corazón!

DOLLY ¡Con el corazón le hablo a usted, David! ¡Desde el día en que acepté su ofrecimiento, he sufrido mucho... mucho, vergüenza, humillación... qué sé yo! Una sola cosa ha compensado mi sufrimiento: que mi pobrecita hija ha vivido estos seis meses de lo que usted... (Llora.)

DAVID ¡Dolly! ¡Si continúa usted hablando así, si mi presencia ha de ser causa de que vierta usted una lágrima, salgo de aquí para siempre!

DOLLY No; no tiene usted derecho a marcharse; le he rogado a usted que viniera.

DAVID ¿Por qué sufre usted tanto, Dolly? ¿Su marido acaso...?

DOLLY (Estremeciéndose.) ¡Cuando oigo pronunciar esta palabra, un temblor se apodera de mí... me causa ira, odio... asco! ¡Ya ve usted a qué punto he llegado! ¡Hace cinco minutos que me ha amenazado con robarme el único consuelo que me queda, ha querido amargar más aún mi vida! ¡Mañana se llevará a Rosina, la llevará lejos, muy lejos, no sabré más de ella! (Llorosa.)

DAVID ¡Pues yo juro que no se la llevará!

DOLLY ¡Como evitarlo!

DAVID ¡No sé como, pero lo evitaré, aunque me cueste la vida!

DOLLY Elena está vistiéndola para llevársela a un hotel, pero temo que lo descubra...

DAVID ¡Confíe usted en mí!

DOLLY ¡Nunca he visto la muerte tan cerca!

DAVID ¡No diga usted esto! ¡Tiene usted el deber de hacer cuanto pueda para salvar a su hija y la salvará! ¡Se lo prometo!

DOLLY (Con emoción.) ¡Gracias, David! ¡A su lado me

siento con fuerzas para luchar contra todo, pero... usted se marcha y entonces!... ¿Por qué va usted tan lejos? ¿Por qué se marcha usted, David?

DAVID ¡Porque debo marcharme, señora, porque ya no puedo retroceder! ¡Es un compromiso de honor, es la ilusión de toda una vida! ¡No se volverá a presentar ocasión como ésta!

DOLLY ¡Y si hallara usted allí la muerte!

DAVID ¡Jamás me dió miedo! ¡Hace más de cuarenta años que vivo cn este mundo sin hacer daño a nadie; es muy justa la recompensa!

DOLLY ¡No, David, no; usted no puede marcharse, usted no debe abandonarnos!

DAVID ¡Lo he prometido y no puedo faltar a mi promesa! Los pocos que en el mundo se interesan por mis descubrimientos me han confiado esta misión, y yo la he aceptado. ¡Por la gloria, cuántos sacrificios se han hecho! ¡Este es el momento de aspirar a eso que los mortales llamamos la inmortalidad!

DOLLY ¿Pero no puede usted esperar otra ocasión?...

DAVID ¡No es posible! No se trata de cosas de la tierra, que siempre son convencionales, que pueden arreglarlas los hombres a su antojo, se trata de cosas celestes, del espacio, y esas son fijas, no fallan nunca, con ellas nada podemos nosotros. ¡He ido retrasando mi viaje para estar más tiempo cerca de usted, porque consideraba que algún día pudiera usted necesitarme, pero ahora...!

DOLLY Así pues... ¿no volveremos a vernos ya?

DAVID Sí; cuando yo vuelva. (**Dolly mueve tristemente la cabeza.**)

DOLLY ¿Y si no volviera? (**Le mira fijo.**)

DAVID ¡Volveré... porque sé que usted me espera!

DOLLY ¿Y si, a pesar de todo, no volviera usted? (**David calla.**) ¡Hable usted, David! Sea usted sincero: ¿hay en su pensamiento una esperanza?

DAVID ¡Esperanza... deseo... esto sí: seguridad, no!

DOLLY ¡Entonces no se marche usted, se lo suplico... se lo ruego!

DAVID ¡Me pide usted un imposible! ¡Trabajo con mis compañeros de todo el mundo para un fin común! ¡No puede usted ser egoísta, son muchos los que ansían este descubrimiento y a mí se me ha concedido el honor de dirigir los trabajos! ¡Si rehuso, destruyo mi porvenir y abandono a mis compañeros en el último momento! ¡Usted no puede obligarme a cometer un acto de cobardía!

DOLLY (**Llorando.**) ¿Y si arrodillada ante usted se lo pidiera?

DAVID ¡Esto no lo hará usted; yo sé que no lo hará!

DOLLY ¿Y si lo hiciera? (**Los dos se contemplan y van acercándose casi insensiblemente. La calma de David se convierte en agitación.**)

DAVID ¿Ha pensado usted bien en lo que esto querría decir? (**Pausa.**) ¡Dolly, amor mío!

DOLLY ¡Es la primera vez que estas palabras salen de sus labios!

DAVID ¡Es que nunca estuvieron tan cerca de los tuyos; jamás aspiré como ahora, su perfume exquisito, su aliento delicioso; jamás sentí tan cerca este calor suave que alienta y conforta. (**En un instante de locura amorosa la besa en la boca.**) ¡Dolly, amor mío, vida mía! ¡Me quedo, sí, me quedo; ahora comprendo que me amas!

DOLLY ¡Sí, David, quédate porque te amo!

DAVID ¡Dímelo otra vez, dímelo mil veces! (**Durante unos momentos han vivido uno y otro fuera del mundo, pero vuelven ahora a la realidad.**)

DOLLY ¡Todo ha sido un sueño... un dulce sueño de amor! ¡Pero hemos de volver a la realidad de la vida!

DAVID ¿Quieres algo más real que nuestro amor? ¡Huiremos juntos!...

DOLLY ¡No David! ¿Qué diría la gente?

DAVID ¿Qué diría? ¡Qué me importa a mí lo que la

gente diga! ¡Qué me importa la opinión buena o mala de todos esos fantasmas, que se creen dueños del mundo, con derecho a juzgar cuánto hacen los demás! ¿Por qué hemos de aceptar la opinión de ese enjambre de máscaras de que se compone nuestra sociedad, que ocultan bajo elegante disfraz la corrupción de su cuerpo y de su alma? ¡Nosotros somos libres, debemos serlo; tú, porque tu marido te abandona; yo, porque lo he sido toda la vida! ¡Huyamos! (En este instante entra Si rBrice pálido, descompuesto, sus manos en los bolsillos y sonriendo maliciosamente. Elena entra por la izquierda y se detiene al ver el cuadro. Dolly se acerca a Elena, hablan bajo las dos mujeres, saliendo por la izquierda. David y Sir Brice quedan frente a frente. David, frío. Sir Brice, irónico.)

ESCENA IX

DAVID, SIR BRICE

BRICE — Supongo que esta visita será para reclamar lo suyo. Un saldo de cuentas, ¿no es esto?

DAVID — Nada vengo a pedir.

BRICE — Le debo a usted seis mil libras, pero como no puedo pagarlas, lo mejor es que las juguemos; quizá la suerte esta vez me será más favorable.

DAVID — Nó juego.

BRICE — Así tiene usted más probabilidades de ganar. (Se acerca a la mesa y coge una baraja.)

DAVID — He dicho que no juego.

BRICE — ¿Y si yo le obligara a usted?

DAVID — (Irónico.) ¡Ah! (Se dirige al foro, pero Sir Brice le detiene.)

BRICE — ¡No salga usted! Antes necesito saber por qué ha entrado usted aquí. ¿Con qué derecho? ¿Con qué fin?

DAVID — He sido llamado y he acudido al llamamiento.

BRICE — Pues ahora le obligo a usted a jugar. ¡Hemos de saldar cuentas! Tengo una deuda y quiero satisfacerla.

DAVID — ¡Puede usted perder!

BRICE — ¡O ganar, quien lo sabe!

DAVID — Es inútil; he dicho que no juego.

BRICE — ¡No quiera usted acabar con mi paciencia! ¡Por última vez!...

DAVID — (Seco.) No. (Va al foro pero se detiene súbitamente como si acabara de ocurrírsele una idea.) ¡Sí! ¡Jugaré! ¡Las condiciones del juego serán algo raras, pero jugaré!

BRICE — (Satisfecho.) ¡Al fin, al fin! (Se acerca a la mesa.) ¿A qué juego...?

DAVID — Un juego muy original, muy breve y muy limpio. (Los ojos de David se han iluminado súbitamente ante la idea y centellean.) ¡Usted ha perdido todo cuanto poseía! ¡Yo soy rico, muy rico! Pongo de mi parte doscientas mil libras: es cuanto tengo, pero es preciso que ponga usted de la suya también cuanto tiene: su esposa y su hija. ¿Acepta usted? (Sir Brice ha quedado perplejo ante lo brusco y crudo de la propuesta.)

BRICE — Pero... ¿ha pensado usted lo que dice?

DAVID — ¡Sí! Responda usted: ¿acepta o no? (Sir Brice no sabe qué hacer. Corre por su cuerpo en revuelto tropel, odio, vergüenza, dudas, ambición... La expresión de su cara muda a cada instante. Una pausa terrible. David, con los ojos centelleantes, le observa.) Espero su respuesta. ¡Parece que es usted ahora quien no quiere jugar! (Pausa.)

BRICE — (Resuelto.) ¡Pues bien, acepto! ¡Es este un juego para jugarlo una vez en la vida y ha de ser muy breve, porque es un suplicio cruel!

DAVID — ¡Cuanto más breve mejor! ¡Si yo pierdo será usted rico! ¿Le basta a usted mi palabra de caballero?

BRICE — Sí.

DAVID — Si gano... ¡serán mías! ¿Palabra?

BRICE — (Tras un esfuerzo.) ¡Palabra!

DAVID Alzaremos tres veces cada uno; quien sume mayor número, ganará.

BRICE Aquí están las cartas. (Ambos están nerviosísimos hasta el final de la escena. Son dos enemigos irreconciliables que juegan cuanto poseen.) ¡Alce usted! (En este momento entra Dolly.)

ESCENA X

DAVID; SIR BRICE; DOLLY

DOLLY ¿Qué es esto, David?

DAVID Ruego a usted que por unos instantes nos deje solos, señora. (Dolly hace que se va, pero queda junto a la puerta. David y Sir Brice no la ven, con la excitación natural de las circunstancias.)

BRICE ¡El as cuenta como uno!

DAVID ¡Como usted quiera!

BRICE ¡Alce usted!

DAVID ¡El nueve! David baraja las cartas y las presenta a Sir Brice)

BRICE ¡El rey! (Sigue el juego.)

DAVID ¡Caballo!... ¡Veinte!

BRICE (Lívido.) ¡El tres!... ¡Quince!

DAVID ¡Otro nueve!... ¡Veintinueve!

BRICE (Glacial.) ¡Un seis! ¡Malditas cartas! (Tira las cartas con rabia)

DOLLY (Sin poder contenerse.) ¿Pero a qué jugaban ustedes, a qué?

BRICE ¿Quieres saberlo?

DOLLY Sí.

DAVID (A Sir Brice.) ¡Cruel!

BRICE ¡Acabo de jugarme mi mujer y mi hija!

DOLLY (Horrorizada.) ¿Pero es eso verdad?

DAVID ¡Sí; es verdad!... ¡y ha perdido! (Dolly cae llorando en un sillón.)

DOLLY ¡Dios mío! ¡Dios mío!

BRICE (Abatido) ¡No, esto no es posible, no es posible! ¡Usted no querrá deshonrar el nombre de la persona que usted ama, porque me consta que la ama usted!

DAVID ¡Y qué ha hecho usted sino arrastrarlo por el fango desde que se casó! ¡Hace años que

	no hace usted otra cosa que amargar la vida de esta desgraciada mujer y destruir el porvenir de una infeliz criatura que en mal hora vino al mundo! ¡Esta mujer es mía, no tiene usted derecho alguno sobre ella! (Se acerca a Dolly y la protege en sus brazos) ¡No hay fuerza humana capaz de arrancarla de aquí!
BRICE	(Queriendo echarse sobre él.) ¡Miserable, traidor!
DAVID	(Sereno.) ¿Miserable y traidor, por qué? ¿Porque la amo? ¿Porque la defiendo? ¿Porque sólo anhelo su felicidad? ¡No se acerque usted; es mía, porque la he ganado, pero no aquí, en ese juego vergonzoso, indigno... repugnante, sino mucho antes! ¡La he ganado en mi corazón! ¡Y ahora, jure usted delante de ella que no intentará volverla a ver nunca, nunca... que es mía!
BRICE	¡No; esto no!
DAVID	¡Júrelo usted!
BRICE	¡Jamás!
DAVID	(Agarrándole del cuello.) ¡Júrelo usted aquí, de rodillas, o no respondo de mí! (Le hace hincar en el suelo la rodilla. Dolly se interpone.)
DOLLY	¡David!
DAVID	¡Nunca me sentí fuerte como ahora! ¡Es la fuerza de la razón, de la justicia, que tarde o temprano se impone... triunfa! ¡Si intenta usted tan sólo volverla a ver, le mataré, le juro que le mataré! ¡Sir Brice Skene, llegó la hora de la venganza! ¡Es mía esta mujer! (Sir Brice queda sentado en un sillón enteramente rendido; no parece el mismo. David se acerca a Dolly y se la lleva dulcemente. Toda la escena queda encomendada al director de escena y al talento de los actores.) ¡Ven, amor mío, ven conmigo! (Salen los dos. Sir Brice, desesperado, no sabe qué actitud tomar; se levanta para seguirles y David, clavándole la mirada, le contiene.)

TELÓN

FIN DEL ACTO TERCERO.



ACTO CUARTO

Observatorio astronómico en el monte Garidelli (Alpes marítimos), cerca de Niza. Es una habitación reducida, con puerta a la derecha, chimenea a la izquierda, mesa, sillón y algunas sillas. Sobre la mesa, un aparato de luz eléctrica. En la pared del foro, cortinajes hasta el techo, que separan esta habitación del observatorio.

El Observatorio es grande y de forma de media bola, con pared y techumbre de cristales. En el centro, un telescopio de gran potencia. Algunos de los cristales del fondo son practicables y estarán abiertos, permitiendo ver al espectador los Alpes nevados. Por la escena aparatos de astronomía y cuanto se considere necesario para dar ilusión completa del lugar de la acción. Sobre la mesa de primer termino, muchos libros. Es de noche, y la luna, con su luz azulada, ilumina el observatorio.

ESCENA PRIMERA

DAVID, RÉMON y DOLLY

(Al levantarse el telón, la escena está enteramente obscura y desierta. Por entre las cortinas, que no cierran enteramente, se ve el observatorio, pero sólo una pequeña parte, y la luz penetra en la habitación como un rayo de luna. Momentos después de levantado el telón entran en escena David y Dolly. Esta última viene casi sin fuerzas y se apoya en el brazo de David. Este lleva en la mano una lamparilla eléctrica de bolsillo, que apaga al entrar, encendiendo la lámpara que hay en la mesa, que es la única que debe iluminar la escena, sin baterías.)

DAVID ¡Entra, amor mío, esposa mía! ¡Esta es nuestra casa! (Enciende la lámpara eléctrica.)

DOLLY (Temblando de frío.) ¡No hables así, David!

DAVID ¿Tienes frío? ¡Ven, siéntate aquí, junto al fuego y beberás una copita de cognac! ¡Esto

te dará fuerzas! (**Dolly queda sentada junto al fuego y David va al interior, volviendo a salir en seguida con una botella a una copa; Dolly bebe. Echa después leña al fuego.**) ¡Acércate más al fuego, no quiero que tengas frío! ¡Mira, ¿ves? soy tu criado! Creyendo que iba a partir al amanecer, he despedido a los míos. ¿Por qué no te quitas el abrigo? ¡Acércate más al fuego, que tus manos deliciosas están heladas! ¡Así... entre las mías! (**Coge las manos de Dolly, que ella, avergonzada, retira.**) ¿Por qué no? ¿No eres tú mía, no soy yo tuyo?

DOLLY ¡David!

DAVID ¡Sí, mía, mía al fin! ¡Qué dicha tan grande! ¡Ya nadie tiene derecho sobre ti; ya sin ti no me es posible la vida! ¡Desde que te conocí, has sido mi ilusión constante; mi pensamiento único! ¡Poder llamarte mía! ¡Cuando perdí la esperanza quise marchar léjos, quise ver si pensando constantemente en las cosas del cielo, llegaba a olvidar las de la tierra! ¡Ahora no, ahora sólo quiero estar contigo, vivir contigo; ahora vuelvo a ser feliz; con nadie del mundo cambiaría! ¿Qué vale todo comparado a la dicha de tenerte?

DOLLY ¡No sabes cuánto agradezco lo que has hecho por mí! ¡Si pudieras leer en mi corazón, sólo encontrarías cariño y agradecimiento! ¡Por mí lo has abandonado todo, tus compañeros... la gloria que te esperaba... por mí has sufrido mucho, por mí has sacrificado horas y días felices tal vez!... ¡Me siento orgullosa, y en estos momentos debiera ser la mujer más feliz del mundo! ¡Sin embargo... no lo soy, no puedo serlo!

DAVID ¡Has de serlo!

DOLLY ¡Pides un imposible! ¡Hay en mi interior una fuerza invencible que me aleja de ti, y aun queriendo, no puedo ser feliz! ¡Entre el amor y el deber hay un abismo que los separa!

DAVID Esto prueba que la felicidad, mirando a la

tierra, no existe; por esto he preferido siempre alzar los ojos y mirar a las estrellas, para alejarme del mundo y de su gente. ¡Qúé triste es la realidad! Sólo estamos aquí de paso, es un soplo, y sin embargo sufrimos constantemente. ¡La felicidad es el fantasma de la vida! Le vemos lejos, muy lejos, nos acercamos a él ansiosos, y al ir a tocarlo desaparece. Lo único real, lo único positivo, es el amor, pero ¿qué vale el amor sin la felicidad? ¡En el fondo de todas las cosas, en el corazón de todos los seres, hay amor! ¡Existe desde que se creó el mundo y nunca morirá! ¡Toda esa inmensa colección de figulinas, de muñecos de barro que han discurrido por la tierra durante más de veinte siglos, han sentido el amor como lo sentimos nosotros, pero si pudiéramos preguntarle a cada uno si ha sido feliz; ¡cuántos sonreirían amargamente! ¡El amor ha regido y regirá el mundo y ningún astrónomo, ni aun los que han hecho los mayores descubrimientos, ha descubierto nada que pueda compararse al amor! (**Dolly está muy abatida.**) ¿Qué tienes, Dolly? ¿En qué piensas?

DOLLY ¡En muchas cosas! ¡Pienso en mi hija, en mi hermana; pienso qne esto es un sueño, que no seré nunca feliz! ¡Estas paredes que veo por primera vez se me antojan las paredes de una cárcel!

DAVID Para mí no es ésta la primera vez que te veo en esta casa. ¡Cuántas horas hemos pasado juntos! ¡Cuántas veces, en momentos de dulce melancolía, te he visto con los ojos de la imaginación, sentada aquí, cerca del fuego, alegrando mi vida, inspirando mi trabajo, mientras Rosina jugaba junto a ti!

DOLLY ¡Rosina!

DAVID Rosina es mi hija, como tú eres mi esposa.

DOLLY ¡No sueñes imposibles, David!

DAVID ¡Sí, sois mías! ¡Piénsalo bien, Dolly!

DOLLY ¿En estos momentos me pides que reflexio-

ne? ¡Sólo sé que te amo, que no puedo vivir sin ti, pero que no puedo ser tu esposa porque soy de otro, que no puedo ser tu amante porque soy honrada!

DAVID ¿Y hemos de separarnos siendo mía?

DOLLY Sólo soy tuya porque te amo y te debo la vida. ¡Tú me has librado de aquel hombre aborrecido! ¡Seguir viviendo con él sería un suplicio y no me siento con fuerzas para ello; echarme en tus brazos cual en los de un esposo, me parecería criminal, odioso!...

DAVID ¡Dolly!

DOLLY ¡Tú no puedes comprender! Ningún hombre es capaz de comprender este sentimiento de mujer honrada. Los hombres sois de otro temple, no pensáis igual, no sentís lo mismo, y tampoco todas las mujeres piensan así. Hasta ahora he tenido fuerzas para resistir la tentación. ¡No quiero dejar de ser honrada!

DAVID (Sereno y pausado.) ¡Tampoco tú has comprendido mi amor! ¡Es mucho más grande de lo que te imaginas! ¡Es un amor sagrado, es pasión, más bien, locura; no es un amor como el que un tiempo sentí por otras mujeres que he despreciado después! ¡Por ti sacrificara mi vida en cualquier momento! ¡Sí; tú serás mi esposa y Rosina será mi hija, y como que para ser honrada basta con que lo seas ante tu conciencia, yo te juro que mientras viva aquel hombre, te respetaré cual si fueras una imagen a quien se adora, y que mis besos serán puros cual los de un padre, de un hermano... (Entra Eduardo silencioso y se detiene cerca de la puerta.)

ESCENA II

Dichos y EDUARDO. Luego ELENA

EDUAR. Elena y Rosina están aquí. Rosina se ha quedado dormida en el coche y descansa ahora en el sofá.

DOLLY (Con un arranque.) ¡Hija mía, hija mía! ¡Gracias, Dios mío; está salvada! (Vase corriendo por la derecha.)

EDUAR. ¡Ya las tienes aquí, David! ¿Eres feliz ahora? ¡Abrázame!

DAVID ¡Todavía no lo soy aunque merezco serlo! (Entra Elena muy seria.)

ELENA ¿Por qué se ha llevado usted a mi hermana?

DAVID ¡Porque no podía vivir con aquel hombre!

ELENA ¿Y por qué la ha traído usted aquí?

DAVID ¡Porque es mía!

ELENA ¡Ante Dios, no lo es!

DAVID ¡Cuando el marido la arruina, la deshonra, la abandona, peor aún, la vende, tengo derecho a recogerla! ¡No venga usted ahora a interponerse entre nosotros, no venga usted a destruir la felicidad que veo allá a lo lejos, no quiera usted robarme el único consuelo de mi vida, la única ilusión que me resta! ¡Es inútil, soy fuerte y lucharé! ¡Es mía, mía para siempre!

ELENA Su hermano acaba de decirme que parten ustedes mañana para tierras lejanas.

DAVID ¡Ya no!

ELENA ¿No era este el sueño de toda su vida?

DAVID ¡Un sueño también! ¡Qué loco he sido, qué loco! ¡He pasado mi vida entre sueños e idealidades, entre sombras y fantasmas, esos fantasmas que se llaman trabajo, honor, deber! ¿De qué me ha servido? He vivido siempre lejos de la realidad, pero cuando he vuelto a ella, me he convencido de que en este mundo no se puede ser bueno, ni honrado, ni vivir de un ideal, ni ser feliz; hay que vivir en esa mascarada constante como uno de tantos, disfrazado como los demás. Pero ahora vivo en la realidad y quiero que lo que lealmente he ganado sea mío. Eduardo, no partimos mañana ni nunca, este es mi puesto.

EDUAR. ¡Tampoco ahora vives en la realidad! ¡Tu puesto no es este, tus compañeros te espe-

ran, te espera la gloria, el honor!... ¡Piénsalo bien!

DAVID — Estoy resuelto.

EDUAR. — ¿Y qué pretexto?

DAVID — ¡No sé, el que tú quieras! He cambiado de opinión y no puedo ir.

ELENA — ¡Los hombres fuertes deben luchar! ¡Usted es un soldado a quien le llama el deber!

DAVID — ¡Este es mi puesto!

ELENA — No, usted cumplirá con su deber, irá usted a conquistar esa gloria que muchos envidiarán, y yo me quedaré aquí con Dolly y Rosina esperando su vuelta.

DAVID — ¡Imposible, imposible!

ELENA — ¡Usted la quiere y no repara en deshonrar su nombre! ¡Usted no querrá que Rosina, a quien usted quiere también, pueda avergonzarse jamás de su madre, como tendrá que avergonzarse de su padre...

DAVID — ¡No, pero usted quiere robarme la felicidad, acabar de destruir mi vida!

ELENA — ¡Se equivoca usted David, quiero solamente salvar el honor de una madre y de una pobre criatura que no conoce el mundo todavía! ¡Si es verdad que la quiere usted tanto, haga este último sacrificio! **(David sostiene enconada lucha entre el amor y el deber. Está agitadísimo. Entra Dolly. En sus ojos se conoce que ha llorado mucho, pero ahora están secos.)**

DOLLY — ¡Pobre hija mía, qué tranquila duerme!

DAVID — ¡Dolly, ha llegado el momento supremo en que he de abdicar del ideal de toda mi vida! ¡Aquel David soñador; aquel David que ha sido esclavo de tu amor durante muchos años; aquel David que te ofreció un día hacerte su esposa y que tú, por ambición, rehusaste; aquel David idealista, romántico, loco, pero sincero y honrado como nadie, va a hacer el último sacrificio, va a abandonarte quizá para siempre!

DOLLY — ¡No, para siempre no!

DAVID — ¡Dios lo sabe! Ahora mismo Eduardo y yo

saldremos para Marsella, donde el equipaje y los compañeros nos esperan. (**Va al foro y descorre las cortinas dejando ver por entero el observatorio iluminado por la luna.**) ¡Mira qué hermosa está la noche: ya pronto empezará a clarear! Vamos a luchar por la gloria, convencido de que las luchas por amor son imposibles! ¡A usted, Elena, confío lo que más amo en el mundo! ¡Toda mi fortuna es para ellas! ¡Si no volviese...! (**Dolly llora.**) ¡No llores amor mío, no llores! ¡Voy a cumplir mi deber! ¡Ten valor, mira qué sereno estoy, y marcho con el corazón traspasado! ¡He vivido cuarenta años de ilusiones y no es posible ahora cambiar! ¡Mis ilusiones eran tu amor y la gloria! ¡Tu amor lo he conseguido, la gloria voy a conquistarla! ¡Si he contemplado siempre las estrellas ha sido porque mis ideas y mi modo de ser no servían para el mundo en que he nacido! ¡Nuestro amor es puro, como el que no ha tocado a la tierra, y no morirá nunca! (**Se saca un anillo del dedo.**) Guarda este anillo; era de mi madre, lo recibió al pie del altar y me lo dió al morir como recuerdo! (**Dolly llora, Elena vase lentamente por la derecha.**) ¡Ni un solo instante se ha separado de mí! ¡Lo llevó una santa; consérvalo siempre como emblema del amor más puro del mundo: el amor de madre! ¡Vamos, Eduardo; la noche no puede ser más clara, bajaremos la montaña caminando! (**A Dolly.**) ¡Dentro de seis meses volveré... y si no volviese... nos encontraremos más tarde, lejos... muy lejos... en el espacio, en un mundo desconocido, en un mundo donde no se viva en mascarada constante como en la tierra! (**David y Dolly se abrazan. Al través de los cristales del observatorio se ven las primeras luces del amanecer.**)

TELÓN

FIN DE LA OBRA

BIBLIOTECA
TEATRO MUNDIAL

Dirección: San Pablo, 21.—BARCELONA

OBRAS PUBLICADAS

1. La princesa del dollar
2. La ola gigante
3. El señor conde de Luxemburgo
4. Captura de Raffles o el triunfo de Sherlock Holmes
5. El sol de la Humanidad
6. Zazá
7. Mujeres vienesas
8. Hamlet
9. Giordano Bruno
10. El nido ajeno
11. El rey
12. Prisionero de Estado o la Corte de Luis XIV
13. Los miserables
14. La ladrona de niños
15. Los dioses de la mentira
16. Cristo contra Mahoma
17. Juventud de príncipe
18. Juan José
19. La sociedad ideal
20. La cizaña
21. Entre ruinas
22. La vida es sueño
23. Sabotage
    Pasa la ronda
24. Magda
25. El papá del Regimiento
26. El alcalde de Zalamea
27. Los dos pilletes
28. D. Juan de Serrallonga
29. El rey Lear
30. Espectros
31. Las cigarras hormigas
32. El registro de la policía
33. El vergonzoso en palacio
34. La fuerza de la conciencia
35. Aurora
36. Eva
37. El bufón
38. El cuchillo de plata
39. Nick Carter
40. La cena de los cardenales
    ¡Justicia humana!
41. El señor feudal
42. El veranillo de S. Martín
43. El desdén con el desdén
44. Cuento inmoral
    Amor de amar
45. La dama de las camelias
46. La domadora de leones
47. Los dos sargentos franceses
48. El místico
49. García del Castañar
50. La fierecilla domada
51. El honor
52. El sí de las niñas
53. María Antonieta
54. La viuda alegre
55. El conde de Montecristo
56. Otelo
57. El barbero de Sevilla
58. Daniel
59. Pecado de juventud
60. Nadie más fuerte que Sherlock Holmes
61. La muerte civil
62. La apuesta de Don Juan Tenorio
63. Sor Teresa o El claustro y el mundo
64. La niña boba
65. El pan de piedra
66. Romeo y Julieta
67. Los reyes ante la Inquisición
68. Felipe Derblay
69. Los malos pastores
70. Huyendo del nido
71. Nuestra Señora de París
72. Ana Karenine
73. Margarita de Borgoña
74. El soldado de chocolate
75. La máquina humana
76. El ladrón
77. El judío errante
78. La Nazarena
79. Las Máscaras



Precio: DOS pesetas